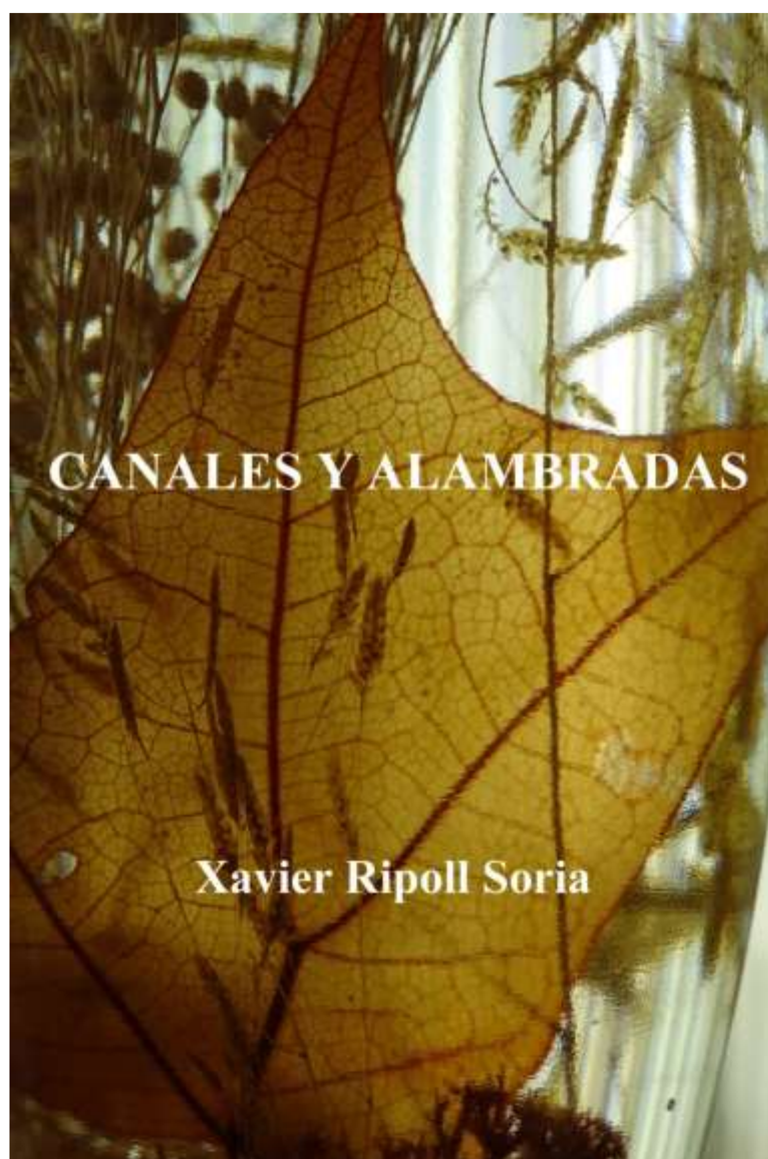

CANALES Y ALAMBRADAS
Xavier Ripoll Soria

I

Las figuras que adornaban los frontones de los edificios antiguos de Amsterdam se reflejaban en la superficie del río Amstel de forma poco habitual. La crecida del nivel de sus aguas debido a las recientes lluvias de aquel mes de mayo de 1940, provocaba que las figuras humanas esculpidas en lo más alto, desde hace siglos, adoptasen un aire caricaturesco cuando sus imágenes se estrellaban sobre el agua, creando rostros deformados y volúmenes que iban cambiando según el curso del agua. Algunos de aquellos rostros, serenos en su emplazamiento natural, sobre el agua se estaban convirtiendo en muecas. En muecas de miedo, de angustia, de dolor..., intuyendo algo desagradable que había de llegar.

Este presentimiento también lo tuvieron las gaviotas, que empezaron a cruzar el cielo de la ciudad a la desbandada, ahuyentadas por algún ruido, un ruido monótono, mecánico, un chirrido constante, que iba avanzando lentamente desde las carreteras de acceso a la ciudad hasta detenerse en los puntos más estratégicos de ésta.

La plaza del Dam empezó a llenarse de blindados del ejército de ocupación alemán y los gritos y las órdenes retumbaron en las paredes de los históricos edificios de esta ciudad habitualmente tranquila.

Entre los presentes se encontraba Anton Mussert, líder del Partido Nazi Holandés. Días después, tras la capitulación del 15

de mayo, la familia real huiría a Londres y se formaría un gobierno holandés en el exilio. Hitler nombró “Comisario del Reich” en Holanda al nazi austríaco Arthur Seyss-Inquart.

Holanda acababa de ser invadida por los alemanes, como lo fue -siglos atrás- por los españoles y por los franceses. La mayor parte de los holandeses estaban convencidos de que el país permanecería al margen de la guerra, ya que Hitler había dado repetidas garantías al gobierno holandés de que respetaría su neutralidad. A pesar de ello, el 10 de mayo Hitler invadió el país. Durante cinco días, los holandeses lucharon duramente pero nada pudieron frente a la maquinaria bélica alemana, que bombardeó Rotterdam. Ante la amenaza de bombardear otras ciudades, Holanda capituló. Los holandeses, y los judíos en particular, estaban consternados y asustados.

La resistencia contra los nazis, ya debilitada por la contienda, fue poco aparatosa; por la ciudad se oían disparos que provenían de los patriotas ocultos en los tejados o en los canales, pero pronto eran barridos por los ocupantes.

En Muiderstraat, frente al Huerto Botánico, la familia Meijer -como tantas otras en aquellos trágicos momentos- se hallaba agazapada tras las ventanas de su apartamento que daban a la calle.

-¡Apartaos de las ventanas, puede que hayan disparos! -advirtió el señor Jacob a su mujer y a sus tres hijos, dos chicas de 17 y 10 años, y un niño de 8.

-¡Pero si aún no he visto los tanques! -protestó el pequeño Jan.

-¡Qué cosas se te ocurren, Jan! ¡Mejor no verlos! -le espetó mamá Raquel arrancándolo de la ventana.

A regañadientes, los niños se fueron al salón interior mientras su padre intentaba hacerles comprender la gravedad de la situación:

-Estamos en guerra y todo es impredecible.

-Al menos, ¿podemos escuchar qué dice la radio? -preguntó Ruth, la mayor.

-Quizá cuenten algo sobre qué nos ocurrirá a los judíos. He oído decir que los alemanes nos tienen manía -dijo Esther, la mediana.

El silencio se apoderó de los presentes. La incógnita planeó de repente por el ambiente. Los rostros reflejaban una mezcla de incertidumbre y angustia. Esther, desde su inocencia, había destapado la caja de truenos.

-¡Esther! ¡Haz el favor de no asustar a tus hermanos! -le reprendió su padre.

-¿Por qué nos iba a ocurrir algo? -dijo mamá-. Somos una familia respetable y acatamos las leyes, la autoridad y los principios.

-Y los alemanes son un pueblo culto y amante del orden -añadió papá.

-Pero estos últimos años algunas veces he oído por la radio que en Alemania y en Austria se ensañaban con los judíos -insistió Esther.

-Tiene razón, papá -le ayudó la mayor.

-¡Debía tratarse de agitadores! -sentenció papá-. Quizás ahora impondrán un gobierno fuerte que vele por el orden. ¡Tranquilizaos ya! Y tú, Esther, no seas alarmista.

-Perdona, papá -dijo ella.

La familia Meijer era una de esas tantas familias judías de clase media en los Países Bajos. El señor Jacob, de mediana edad, era comerciante textil. Su mujer, Raquel, era algo más joven. Ambos descendían de familias hebreas pero no eran ortodoxos y la práctica de sus creencias se limitaba a la celebración de aquellas fiestas más señaladas, más por tradición que por convicción. De hecho, era la postura de la mayoría de los hebreos holandeses. Incluso estaban los no creyentes, frecuentes entre los medios científicos y académicos.

Los judíos eran muy numerosos en los Países Bajos, sobre todo en las grandes ciudades: unos 140 mil de los 9 millones de habitantes del país. En Amsterdam, tenían a su cargo buena parte de la industria y el comercio. También el poder económico y político, tanto en el interior como en el exterior.

Antes de la guerra, los nazis ya se habían infiltrado entre la policía y la administración holandesa. El gobierno era tolerante con los judíos del país.

La discusión terminó en el instante que sonó el timbre de la puerta. Los presentes se cruzaron miradas de angustia.

-Voy a ver -se aventuró el señor Meijer.

-Ve con cuidado, Jacob -le dijo temerosa su mujer.

Meijer se dirigió con sigilo hacia la puerta. Miró cuidadosamente a través de la mirilla y dijo aliviado mientras abría la puerta:

-Es el tío Isak.

La familia respiró y se alegró de la visita del tío, un hombre de mediana edad, profesor de universidad.

-¡Isak, hermano! -le dijo Raquel.

-¡Tío! Los niños fueron a abrazarle afectuosamente.

-¿Estáis todos bien? -preguntó él con tono preocupado.

- Sí, sí –le respondió su hermana.

- Los alemanes han invadido nuestro país. Temo por nuestra seguridad y la de todos los judíos –sentenció Isak con semblante preocupado.

- ¿Lo ves papá? –no tardó en vindicar Esther-. Ya te lo decía yo.

- Insisto en que mantengáis la calma –dijo Jacob.

Como tantos otros ciudadanos, los presentes siguieron los acontecimientos por la radio. Sólo el pequeño Jan prefirió evadirse y se puso a contemplar un álbum de cromos con dibujos de paisajes europeos. En uno de ellos aparecía un pueblo polaco en medio de una inmensa llanura. ¡Quién pudiera encontrarse allí en estos momentos, acariciado por el viento de la libertad!

Pasado mediodía, ya no se oían disparos y la calle estaba *tensamente* tranquila.

- Creo que aprovecharé para irme –dijo el tío Isak-. Todo parece estar en calma y por la radio no han dicho nada acerca de posibles represalias contra nuestra comunidad. ¡Adiós familia, cuidaos!

-Te acompañaré hasta Weesparplein, quiero comprobar que esté todo bien en la tienda –añadió Jacob.
-¡Yo quiero venir, papá! –insistió Jan.
-No, hoy mejor que os quedéis.
-Sé prudente, Jacob –le dijo su mujer.

Antes de abandonar el portal, los dos hombres miraron a derecha e izquierda. Soldados en bicicleta y con fusil atravesaban la calle, confiados y alegres por la escasa resistencia a la invasión. Algunos ciudadanos iban saliendo a la calle para hacer recados o para ir a trabajar. Otros, merodeaban curiosos cerca de los cruces en donde estaban apostados vehículos blindados. Unos pocos, básicamente hombres, se mostraban sonrientes y se atrevían a ir a saludar a los ocupadores. Se trataba de fascistas o germanófilos neerlandeses a quienes ya les parecía bien la presencia de las tropas de Hitler.

Jacob y su cuñado cruzaron uno de los numerosos puentes de la ciudad. Al llegar al otro lado, se toparon con un viejo conocido suyo, el señor Hals, funcionario de la Administración, cincuentón, vestido con traje y corbata oscuros, y con un afilado bigotito.
-Jacob! –dijo el hombre-. Cuanto tiempo sin verle…
-Buenas tardes, señor Hals –le respondió Jacob-. Mis obligaciones… Le presento a mi cuñado Isak.
-Es un placer –dijo Hals mientras tendía la mano a Isak-. Parece que las cosas van a cambiar. Con los alemanes tendremos un

gobierno fuerte que velará por el orden. A los agitadores sociales se les acabó su falta de respeto a la autoridad del Estado.

-Pero mandarán los alemanes –añadió Isak.

-No del todo. Me ha llegado la noticia de que han dejado el poder en manos holandesas, naturalmente a gente con ideas afines. Por lo que hace a la seguridad, la policía alemana ha designado a unos encargados para dirigir la nueva situación. Eso sí: se ha reservado el derecho a extender la mayoría de los documentos, especialmente los pasaportes.

-Supongo que una forma de controlar todos los movimientos de la población –dijo Jacob.

-Bueno, tampoco se les puede recriminar, ellos son ahora los responsables de la situación –excusó Hals, quien apenas disimulaba su entusiasmo contenido-. Las relaciones con los países no beligerantes no han variado y el correo funciona con normalidad. ¿Qué más se puede pedir?

-Confiamos en que no suceda nada malo, señor Hals –concluyó Jacob-. Que tenga un buen día.

-Lo mismo les deseo. Recuerdos a su señora.

Jacob y su cuñado siguieron su camino hasta separarse. Decenas de bicicletas imprimían sus rastros sobre los húmedos adoquines y el tintineo de los tranvías maquillaba las órdenes vociferadas por los oficiales invasores a sus hombres. En las aguas de los canales ya no se reflejaban las bellas figuras de las casas sinó

uniformes grises y cascos de acero. Las muecas las formaban ahora las banderas con la esvástica que reverberaban en el agua.

La tienda se hallaba en los bajos de un viejo edificio, emparedado entre otros dos mucho más estrechos realzados con frontones o campaniles. En su fachada, la piedra de su frontispicio indicaba la profesión del antiguo propietario. Jacob la abrió y entró en ella. Decidió no dar la luz del fondo y sólo verse con la que entraba por las grandes ventanas, para no llamar la atención. Numerosos rollos de telas llenaban los estantes presentando el aspecto de un mosaico multicolor que recordaba los mercados de flores del país. Todo estaba en su sitio. No era de extrañar: el señor Meijer era una persona responsable y meticulosa, amante de su trabajo, aunque no por ello descuidaba sus deberes como cabeza de familia. La tienda iba en segunda preferencia en su vida, detrás de los suyos. Siempre lo había tenido claro, y no como otros para quienes su negocio era la razón de vivir, y la familia y las diversiones, una anécdota.

Al cabo de una semana, todo funcionaba con aparente normalidad. Seyss-Inquart envió una circular al pueblo holandés donde decía:

"Las autoridades de ocupación quieren traer la paz y la tranquilidad a toda la población civil. Los alemanes no quieren imponer sus puntos de vista en Holanda. Serán respetadas las vidas y propiedades de todos los holandeses, como así mismo sus leyes, sus diferentes culturas y su libertad. Todos los ciudadanos

podrán expresar su opinión y practicar la religión que deseen, teniendo como única condición el respeto a los demás y el mantenimiento del orden. En cuanto decimos, quedan incluidos los judíos. Para llevar a cabo nuestros propósitos, solicitamos la colaboración sin reserva de todos los habitantes del país y les agradecemos la misma por anticipado.” [1]

El mensaje infundió confianza a la gente. A pesar de que los alemanes habían ocupado los edificios y cruces estratégicos de la ciudad, los ciudadanos empezaron a atreverse a salir. La autoridad y el orden se restablecieron sin apenas violencia. Los alemanes hicieron una campaña fraternal para ganarse a los holandeses cristianos, a quienes trataban como hermanos arios.

Con todo, en los primeros días algunos judíos intentaron huir a Inglaterra por mar, pero éste estaba muy vigilado. Los que lo trataron de hacer por carretera, los devolvieron a sus casas. La geografía de Holanda se había convertido en una trampa: no posee bosques importantes o zonas aisladas, y los países que le rodean estaban ocupados por los alemanes. Entre los más atemorizados, unos centenares de judíos se suicidaron en la primera semana.

La familia Meijer se dedicaba a sus quehaceres cotidianos como siempre lo había hecho. En casa, mamá Raquel atendía a la familia y aún le quedaba tiempo para ayudar a su marido en la contabilidad del negocio. Como Jacob, era igualmente de naturaleza tranquila aunque más decidida. Jan, el pequeño, era un

niño feliz y confiado, una especie de muñeco para el resto, sobre todo para Esther, la mediana, la más resuelta de la familia y la más parecida a la madre. En cambio, Ruth, la mayor, recordaba la serenidad de papá Jacob.

Un viernes por la tarde, el señor Meijer y su mujer se juntaron con otros matrimonios judíos con quienes solían ir a tomar pastelillos. En la pastelería Delphes, el ambiente estaba impregnado del aroma del café javanés y del humo del tabaco.

-Ya os decía yo que nada teníais que temer de los alemanes. No son gente desalmada como nos habían hecho creer los agitadores. Al contrario, parecen personas amantes de la cultura, rectas y de buena voluntad. Pueden traernos una época de prosperidad –sentenció el señor Cohen, un próspero comerciante judío que había militado al principio de los años 30 en el Partido Nazi Holandés, hipnotizado por las promesas de orden social ofrecidas por Mussert.

-Es cierto –añadió su pareja-. Yo al principio era reticente y desconfiada, pero ahora veo a los alemanes como garantes de nuestra paz y nivel de vida. Su presencia aquí no tiene porque resultar tan intolerable.

-Mi marido se encontraba en la Guayana debido a los negocios cuando tuvo lugar la ocupación –agregó una mujer de mediana edad-. Al principio se sintió preocupado pero ahora ya está más tranquilo.

Sólo uno de los presentes, el señor Otto Frank, un director de empresa judío de origen alemán que vivía en Merwedeplein, un moderno complejo de viviendas al sur de Amsterdam, junto con otros refugiados alemanes, permanecía callado.

- Le veo pensativo, Frank –dijo Jacob-. ¿No está de acuerdo con todo lo que aquí se ha dicho, con la confianza que inspiró la circular de Inquart?

- Sí, sí… -contestó Frank-. Os veo muy animados por sus promesas. Sin embargo, la actitud de los alemanes para con los judíos aquí en los Países Bajos no concuerda con la que mostraban en mi país. Si precisamente mi familia y yo vinimos aquí en el 33 fue para refugiarnos, para huir de las prohibiciones que nos impusieron en Alemania. No sé, no me acaba de encajar…

- Quizás en su país la culpa fue de los judíos bolcheviques –le espetó Cohen-. Tengo entendido que agitaban constantemente a la sociedad.

- Veremos, veremos… -añadió intranquilo Frank.

El mes de junio pasó bastante tranquilo y los alemanes dieron muestra de buenos modales. Para los hijos de los Meijer, las partidas de ping-pong con los amigos y los helados de la cafetería Oasi substituyeron a los libros.

II

El segundo día de julio, Ruth salía de una librería cuando, al coger su bicicleta, se topó con Frans Cuyp, un compañero *gentil* de clase por quien sentía simpatía. El chico, alto y rubio, con una sonrisa franca en sus labios, se le acercó.

-¿Cómo va todo, Ruth?

-¡Hola, Frans!

-Me alegra haberte encontrado porque hace días que estaba pensando en venir a buscarte para ir a tomar un refresco.

Ruth se ruborizó. No sabía que fuera tan importante para él. Frans siguió la dirección que tomó Ruth.

-Normalmente, en verano me marcho a la granja de mis abuelos, pero este año, debido a las circunstancias… -añadió el joven.

-Nosotros solemos quedarnos aquí. Pero en verano la ciudad es mucho más agradable y se pasa bien.

Fueron charlando por el camino. Ruth iba a pie y sujetaba la bicicleta con la mano derecha quedando ésta entre ella y Frans. En un momento dado, y sin dejar de hablarle, el joven puso su mano sobre la de Ruth en el manillar. Ella se sonrojó pero no dijo nada y extendió una sonrisa comprensiva. Cuando por fin se separaron, Frans le pidió si podría verla otro día, a lo cual Ruth accedió. Franz torció hacia el muelle Josep Israels donde tomaría una barca de pasaje.

Radiante como nunca, Ruth se montó en la bicicleta y tomó el camino de regreso a casa. De tan contenta casi estuvo a punto de atropellar a una anciana. Pero la felicidad pronto se vio truncada.

A la altura de Prinsengracht, un corrillo de gente estaba leyendo un bando pegado en la pared del edificio del número 263. Ruth se acercó y frenó para poder leerlo. El comunicado prohibía a los judíos servir como vigilantes voluntarios en la defensa aérea.

Sorprendida por el texto, Ruth se puso en marcha y no paró de pedalear hasta llegar a su casa. Al llegar, el resto de la familia estaba hablando.

-Acabo de leer un bando donde se prohibe…

-Sí, Ruth, ya lo sé. Lo he leído –le cortó su padre.

-No nos alarmemos –dijo mamá.

Jacob se fue pensativo y cabizbajo hacia la ventana. Fuera, en la calle, la vida transcurría con normalidad. O mejor dicho, desde ahora, con *aparente* normalidad. Se dijo a sí mismo:

-El señor Frank tenía razón. La serpiente no nos mordió en los primeros días porqué estaba al acecho. Pero ahora ha cambiado la muda y vendrá a engullirnos. Si se hubiera destruido el huevo de la serpiente a tiempo…

Una obscura nube ocultó el sol de primavera y ennegreció las fachadas de las casas y almacenes. El habitual color marrón de los ladrillos se tiñó de gris, como el de los uniformes de los invasores que ahora empezaban a mostrar su verdadera faz. No tardó en llover. Las gotas se fundían apresuradamente con las aguas de los canales y pronto aparecieron los charcos en las calles.

Días más tarde, el señor Meijer acababa de salir de la biblioteca Ets Haim, al lado de la sinagoga portuguesa. El chirrido de los

tranvías sobre los raíles contrastaba con la silenciosa navegación de las barcazas en los canales. Un carro tirado por un caballo transportaba toneles de cerveza, dejando en el ambiente una estela amarga del olor del producto. En un almacén con compuertas en todos los pisos, unos almaceneros estaban subiendo madera mediante un elevador de balancín. La vida era normal… para los demás. Al llegar Jacob frente al portal de su inmueble, un vecino *goim* -no judío-, se le acercó y le dijo apenado:

-Yo y mi familia sentimos muchísimo todo lo que les están haciendo, señor Meijer. Es una injusticia. Si algo podemos hacer…

-No lo creo, señor Dancker. De todos modos, agradezco su comprensión.

Jacob abrió la puerta. Colgó su sombrero y se dirigió al salón. Su hija Ruth salió a su encuentro sin acordarse de saludarlo.

- Papá, te habrás enterado de la medida acerca de los funcionarios: No serán admitidos más judíos para trabajar como funcionarios. Yo tengo amigas que querían estudiar para funcionario –dijo la joven, mientras él asentía-. Mientras dure la guerra, quiero irme a vivir a algún país que no haya sido invadido por estos bárbaros.

-¿Queda algún sitio que no hayan ocupado..? –preguntó irónico papá.

-Inglaterra…, o Suiza… O mejor aún, ¡América! –añadió Ruth.

-¡América! –exclamó Raquel elevando los brazos-. Todos pensáis que es muy fácil llegar hasta allí…

-Tío Moses, tu otro hermano, hace años que vive en Nueva York. ¿No es cierto mamá? –preguntó Ruth.

-Sí, sí, pero… -contestó dudosa Raquel.

-El problema es que se necesitan permisos para poder salir del país, Ruth –le aclaró papá-. Y también para que te admitan allí.

-Yo lo único que sé es que no aguanto más –concluyó su hija-. Me siento como una gaviota atrapada dentro de la estrecha jaula de un canario.

Raquel se quedó secretamente conmovida por las palabras de su hija. Nunca se había encontrado en una situación similar. Ni siquiera en su propia juventud, porque la discriminación racial era una práctica desconocida en los Países Bajos, al menos en su entorno social. Y ahora la mala fortuna les golpeaba como el mazo del matarife sobre la cabeza del cordero. Aquellos fanáticos soldados extranjeros iban a hacer zozobrar sus vidas. Mamá entró en su habitación de matrimonio y se sentó sobre la cama. En su mesilla de noche había unos pequeños retratos de sus padres, ya fallecidos. Se los quedó mirando. Habían sido unos años felices. Se levantó y se dirigió a la ventana, observó cómo pasaba la gente por la calle. Por un momento, y en su imaginación, le pareció que todas las miradas se dirigían a ella. Quizá sí que Ruth tenía razón y eran aves enjauladas.

El timbre de la puerta la hizo volver a la realidad. Fue a abrir no sin antes asegurarse por la mirilla. Era el tío Isak, se le notaba muy excitado. Jacob se les unió.

- ¡Los Kraler han sido detenidos! –anunció el tío temblorosamente.

- ¡Cómo! –exclamó horrorizado el matrimonio al unísono.

- Se negaron a cumplir la prohibición de no sacrificar a los animales según el ritual. La milicia de aquí se los llevó.

- ¡Pobre gente! –sollozó Raquel-. Su fe ha sido su perdición.

- No ha sido su fe, Raquel, la causa de su detención –le aclaró su marido-. Ha sido su credulidad.

- Es cierto –confirmó Isak-. Creyeron que los alemanes respetarían sus orígenes y su manera de ser. Todos lo creímos. Si en los primeros días de la invasión hubieran abandonado el país…, y nosotros también. Y todos los judíos.

- ¡Calla, Isak! –le imploró su hermana-. Si te oyen los niños… Nosotros no hemos infringido nada. Además, ¿cómo íbamos a imaginar que las cosas se precipitarían de tal forma?

- Este es nuestro problema –sentenció Isak-. Hemos negado la evidencia para protegernos de nuestra angustia. No hemos querido reconocer la realidad.

Medida tras medida, la población judía tenía que ir tragando las prohibiciones, ya que no podía elegir. Una de ellas, del 22 de octubre, afectó de manera importante a la comunidad: los judíos debían dar cuenta de sus negocios a las autoridades y registrarlos.

Desde su rincón que hacía las veces de despacho en la tienda, Jacob permaneció absorto mirando un rollo de tela desplegado. Los pliegues que se habían caprichosamente formado recordaban los surcos de los campos antes de sembrar; un gran esfuerzo que daría sus frutos pasados unos meses. Pero, ¿de qué le habría servido a él el esfuerzo de tantos años, y el de sus antepasados, si ahora existía el peligro de que la rapiña nazi llegara a quedarse con los frutos de su trabajo? Los últimos rayos del sol de la tarde invernal traspasaban débilmente los cristales del escaparate y proyectaban la sombra de muestras de las telas en el fondo del local, dando lugar a formas volubles y desiguales de distintos colores. Hubo un momento en que la trayectoria del sol se topó con el rostro de Jacob, quedando iluminado, inmerso en un baño de calidez y serenidad; pero de pronto la brusca desaparición del sol le hizo reaccionar e indagar qué la había ocasionado: la corpulencia de un oficial nazi que se había detenido a contemplar las telas había actuado como obturador impidiendo la entrada de la luz, velando la imagen de placidez que por unos instantes vio Jacob. En pleno invierno, el sudor empezó a brotarle por las sienes. ¿Y si a aquel energúmeno uniformado se le ocurría entrar a preguntar algo? Quizás el precio de una tela con la que pudiese encargar un vestido para su mujer en Alemania, o para unas cortinas, ¡o un traje para él mismo! Los cuatro brazos doblados en ángulo recto de la esvástica en el brazalete del oficial y caballero ario le recordaron a Jacob los barrotes de una cárcel retorcidos y

mal forjados, como los cerebros de quienes utilizaban tal emblema. Al final, el cabeza hueca se alejó y Jacob respiró. Del sudor pasó al frío y decidió cerrar la tienda antes de hora.

Isak tomó la calle Kloksteeg que desciende hacia el canal de Rapenburg, frente al cual está la Academie, edificio principal de la Universidad de Leiden, a 40 kilómetros de Amsterdam. Un lacerante noviembre hacía que el frío le aguijoneara su menudo cuerpo y que le obligara a apretar el paso. Al llegar al recinto universitario, donde impartía clases, todo hubiera resultado habitual sino fuera por ciertas miradas de algunos colegas suyos; eran miradas de aflicción, pasaban cabizbajos a su lado, se sentía como el reo camino del patíbulo. Al pasar junto a la portería, uno de los bedeles le dijo que le estaba esperando el rector.

- Buenos días, señor rector –saludó Isak después de llamar a la puerta de su despacho.

- Pase, profesor Mendel. Siéntese.

Isak entró y se sentó frente al rector, no sin extrañeza. Detrás suyo, una gran ventana dejaba adivinar el hermoso jardín botánico, ahora enharinado por la nieve. En el interior de la habitación apenas llegaba el tímido canto de alguna ave enfrentándose al frío.

- Le tengo que dar una noticia terrible, profesor –le dijo el rector con rostro apenado-. Se ha recibido una orden en todas las universidades del país donde se exige despedir a los docentes judíos. En total, 41.

Isak se quedó sin saber qué decir. Toda su vida había ejercido con entusiasmo y honestidad, y no comprendía cómo una ley antisemita podía barrer en un momento toda una carrera.

- Estoy consternado –le dijo el rector-. Y también el claustro de profesores.

- No es justo -dijo aturdido Isak.

En aquel momento, llamaron vigorosamente a la puerta. Sin esperar respuesta, entró un hombre. Su rostro mostraba cólera.

- Con su permiso, señor rector –y se dirigió a Isak-. Ya me he enterado Mendel. Es bochornoso todo lo que se está haciendo contra vosotros.

- Todos compartimos su indignación, profesor Cleveringa –añadió el rector.

- Ahora mismo pienso escribir una declaración donde se exponga que los nazis han violado las leyes internacionales. Mandaré hacer copias y las enviaré por todo el país.

- Todos nos sentimos enojados, Cleveringa, pero ¿qué podemos hacer contra un sistema político irracional? –preguntó el rector.

- ¡Todos!, ¡todos! –respondió Cleveringa-. No hacemos más que hablar, quejarnos, indignarnos…, pero nunca actuar en serio.

- ¡Por favor, profesor. no hable tan alto! –le rogó alarmado el rector-. Podrían oírle y considerar sus palabras como un gesto subversivo.

-Gracias, querido colega –le dijo Isak-. Pero después de la derrota en primavera, no creo que la gente tenga fuerzas para montar otra *kermesse heroica*.

Isak abandonó el recinto y, con desaliento, se puso a pasear por el canal. Por unos inquietantes instantes, le vinieron tentaciones de imitar a otros judíos en los primeros días tras la capitulación. Se arrojaría a las frías aguas y acabaría así su desasosiego y humillación. Sólo serían unos segundos: el agua penetraría en los pulmones y provocaría un cortocircuito en su vida. ¿Será el alma una simple bombilla que cuando es nueva ilumina con toda su potencia hasta que la va perdiendo y, el día menos pensado, se funde? Empezó a llover; las gotas que se estrellaban en el agua formando círculos actuaron hipnóticamente en la mirada y en la mente concentradas de Isak. Por un momento, estuvo a punto de dejarse arrastrar por aquella visión y saltar, pero reaccionó y se sobrepuso. Respiró profundamente y sus sentidos volvieron a reactivarse. ¡No! No les daría a sus opresores la satisfacción de ver cómo les había entregado voluntariamente su vida.

Al día siguiente, la noticia de su despido en casa de su hermana deparó una profunda tristeza para la familia. Jacob le ofreció la posibilidad de que le ayudara en la tienda. La difusión del escrito del profesor Cleveringa causó sensación en todo el país, pero fue arrestado y pasó ocho meses en prisión. En Delft, en protesta por el despido de los docentes judíos, algunos estudiantes hicieron huelga. Pero de nada sirvió.

El interior decimonónico de la estación central de Amsterdam era un hervidero de gente y de trenes. Pasajeros por todas partes, soldados alemanes equipados, máquinas humeantes, carretillas cargadas con bultos, mucho ruido, olor a humo y a acero, manchas de aceite junto a las vías que adoptaban colores caprichosos, haces de luz solar que se filtraban por la claraboya del techo metálico y reseguían los andenes… Jan había venido con su madre para recoger un paquete de paños que enviaban desde Amberes, para la tienda de papá. Mientras ella estaba haciendo cola en uno de los despachos, el niño se dedicó a contemplar el bullicio. En medio del trasiego, se fijó en un tren que se encontraba detenido en una vía más alejada. Se acercó y vio que estaba custodiado por policías alemanes. Tras las ventanillas se adivinaban unos rostros tristes y livianos. Una de ellas tenía la parte superior bajada y se asomaba discretamente un niño de unos doce años. Al verle, Jan le preguntó:

-¿Adónde vas?

-No lo sé –le respondió el chico, con acento alemán-. Sólo sabemos que nos devuelven a Alemania.

-¿Tú eres alemán?

-Sí, y judío.

-¡Yo también! –le dijo Jan contento.

-Sí, pero tú eres holandés.

-¿Y qué haces en mi país, entonces?

-A finales del 38 mi familia huyó de Alemania. Y también muchas otras. Los nazis se habían vuelto locos del todo. Algunas vinimos a refugiarnos a Holanda pero no fuimos bien acogidos y las autoridades de aquí nos trataban de “extranjeros indeseables”.

-¡Caramba! –dijo Jan.

-Nos llevaban de un lado para otro –continuó el joven pasajero-, hasta que a todos los refugiados judíos nos alojaron en un campo de trabajos llamado Westerbork, en un remoto lugar del este de Holanda. La verdad es que los representantes judíos de aquí tampoco han hecho gran cosa por nosotros.

-¡Qué pena!

-Los judíos alemanes que vinieron años antes que nosotros tuvieron más suerte. Les costó pero ahora viven entre los holandeses.

-¡Sí! –recordó Jan-. Mis padres son amigos de los Frank y mi hermana Ester va a la misma clase que una de sus dos hijas, Margot…¡no, Anne!

El chico se quedó pensativo. Pasado un instante, le preguntó a Jan:

-¿A ti qué te gusta hacer cuando tus padres te llevan a pasear?

-¿A mí? –dijo Jan-. Pues…, ¡ya sé!, montar a caballo.

-¿Montar a caballo? Pues a mí me gustaba tocar la flauta.

-¿De veras?

- Sí, pero en mi país. Durante este tiempo en el campo de trabajos sólo he oído silbatos, los de los guardias. Ha sido la única música que he escuchado –añadió el chico alemán apenado.
- Pues a mí, en verano, algunos domingos mi padre me lleva fuera de la ciudad, a la granja de un amigo suyo que tiene caballos. Montamos uno cada uno y damos un paseo. ¡Me encanta cuando se ponen al trote!

De pronto, un policía alemán se asomó por una de las puertas del tren gritándole a Jan que no hablara con los pasajeros y que se alejara. Al pequeño sólo le dio tiempo para decirle adiós con la mano al chico del tren mientras, asustado, regresaba al despacho donde su madre estaba recogiendo el paquete.

El reloj de la torre del Palacio Real acababa de dar las cinco de la tarde. En la plaza del Dam la gente apresuraba el paso. En parte para huir del frío, en parte para evitar a unos misteriosos hombres vestidos de oscuro, que se veían en muchos lugares rondando como chacales en busca de alguna presa indefensa. El señor Meijer era uno de esos transeúntes que intentaban pasar inadvertidos. En la esquina, sólo se detuvo un momento ante un quiosco para comprar el periódico, con fecha 10 de enero de 1941. Pasadas las primeras páginas básicamente centradas en el desarrollo de la guerra –en donde los alemanes siempre salían victoriosos-, le llamó la atención un comunicado en el cual se decía que las autoridades ordenaban a todos los judíos registrarse

en las oficinas de empadronamiento. Los impresos, al precio de un florín, debían rellenarse por completo y cada persona tenía que exponer toda su historia personal. Su incumplimiento sería castigado hasta con cinco años de prisión y la confiscación de los bienes.

Jacob guardó esta página y tiró el resto del diario a una papelera. A su lado, los vendedores ambulantes ofrecían hortalizas y anguilas ahumadas. Algunos nazis que patrullaban por allí les miraban con el máximo desprecio. Se llamaban a sí mismos *arios*: los de mayor graduación tenían un aire prusiano, aristocrático, sabían llevar con porte sus prejuicios intolerantes y criminales. Pero otros no eran más que zafios mozalbetes reclutados en las zonas rurales de Alemania o Austria, sin más lectura en su vida que los boletines del partido. Era fácil hipnotizar ideológicamente a los analfabetos funcionales, a los parados, a las mentes cortas o a los sádicos. Los más cultos se quedaban en la retaguardia, en la burocracia o dando órdenes. Porque una de las tragedias del III Reich fueron sus seguidores ilustrados, en un país con tradición culta, que no dudaron en alistarse en las filas de la depravación ultranacionalista.

En casa, la noticia causó extrañeza.

-¿Por qué querrán tenernos a todos empadronados? –preguntó mamá.

-Sea el motivo que sea, como holandeses debemos obedecer las leyes –concluyó papá-. Los judíos siempre hemos obrado

formalmente como el resto de la población: si se han debido rellenar formularios, los hemos rellenado, si hemos tenido que sacar una cédula para algo, lo hemos hecho.

- ¡Oh, papá! –se rió Esther-. ¡Tú y tu sentido del deber!

Gracias a la eficiente burocracia holandesa, los alemanes llegaron a disponer de mapas detallados de las ciudades, en donde podían localizar exactamente a los israelitas por calle, edad, sexo e incluso los matrimonios interraciales. Las cosas empeoraron cuando se obligó a los judíos a llevar una **J** ("jood", judío) impresa en su documentación.

- ¡Nos marcan como al ganado! –expresó indignada Ruth.

A media mañana, el café estaba tranquilo. Ya había pasado la hora del desayuno, la más movida, y los camareros estaban acabando de limpiar las mesas y la vajilla. El tintineo de platos y tazas, de vasos y cucharillas, se confundía con el de la campanilla ubicada encima de la puerta cada vez que entraba o salía un cliente. Los débiles haces de la luz solar de enero barrían las mesas de mármol, algunas de ellas ocupadas por escasos clientes. El cálido ambiente del interior de pronto fue roto por la puerta que se había abierto y permaneció así más de lo habitual. El frío del exterior penetró a la vez que sus portadores, cuatro individuos de aspecto igualmente frío, uniformados. Eran miembros del NSB, el Partido Nazi Holandés. Se acercaron a los empleados e hicieron el saludo fascista:

-¡Heil! ¿El propietario? –preguntó uno de ellos.

-Soy yo –contestó un hombre mayor que estaba tras la caja registradora.

-Pues bien. Sepa que desde hoy deberá tener colgado en su aparador un cartel que se pueda leer desde fuera.

-¿Un cartel? –se extrañó el hombre-. No he leído nada de eso en la prensa de hoy.

-¡No me importa para nada la prensa!

Uno de los camareros, un hombre de mediana edad, le dijo en voz baja al compañero de al lado:

-Ya me extrañaba que leyesen…

-¡Tú te callas! –le lanzó otro de los nazis, que le había oído.

-¿Y qué tiene que decir el cartel? –preguntó el propietario.

-“*Prohibida la entrada a los judíos*” –sentenció el nazi.

-¡Me niego a hacer esto! –se rebeló indignado el dueño del bar-. Aquí siempre se ha admitido a todo el mundo, sin distinciones.

-¡Por supuesto! –añadió una clienta.

-Además –continuó el propietario-, si no ha salido como decreto, no tengo porqué cumplirlo.

El militante nazi se le acercó desafiante y, mirándole fijamente a los ojos, le amenazó:

-¿Prefiere una pedrada contra la luna del cristal? ¿Cuánto cuesta una nueva luna?

La misma amenaza la profirieron en otras cafeterías y comercios en general. El nivel de provocación fue en aumento hasta el punto

de penetrar en el barrio judío de Amsterdam. Cuadrillas de matones engreídos buscaban a ciudadanos judíos para molestarles o incluso pegarles. El Terror se iba apoderando de la ciudad. Los violentos habían sustituido el diálogo, la tolerancia y la convivencia por los insultos y las agresiones callejeras. La cultura de los puños se impuso a la razón.

-¡Debemos responder a las agresiones de los radicales! –dijo encolerizado un joven a las personas presentes.

Diversos jóvenes, entre ellos alguna mujer, todos judíos, se encontraban reunidos clandestinamente en el sótano de una casa. La tenue luz de una bombilla apenas dejaba ver el lugar: un espacio reducido con sólo una vieja mesa y unas pocas sillas. Las paredes rezumaban humedad debido a la proximidad de algún canal. Los semblantes de los reunidos manifestaban exasperación pero nunca miedo.

-¡Formemos brigadas de autodefensa! –propuso otro de los jóvenes.

-¡Pero esta medida atraerá a las autoridades en contra nuestro! –planteó un pelirrojo.

-¿Y qué prefieres, que nos vayan dando palizas por ahí? –reivindicó la chica-.

-Hay medios legales contra el vandalismo –insistió el pelirrojo.

- ¡Vamos, a estas alturas! –irrumpió otro joven poniéndose en pie-. Decreto tras decreto, violencia arbitraria… ¡Se trata de legítima defensa!

- No es fácil –siguió insistiendo el joven pelirrojo-, porque entre algunas de estas patrullas hay conocidos: antiguos compañeros de clase o de club, vecinos…

- ¡Más razón para defendernos si viejos amigos te han vuelto la espalda y ahora agreden a tu propio padre! –sentenció otro.

No pasaron muchos días cuando sobrevino el encontronazo: miembros del NSB dieron una paliza a un anciano judío que estaba esperando el tranvía. Uno de los jóvenes de la brigada de autodefensa judía lo vio y enseguida fue a alertar a sus compañeros que acudieron al lugar. Sin darles tiempo a reaccionar, se abalanzaron contra los agresores nazis y les propinaron unos cuantos puñetazos.

- ¡A ver si así se os ablanda la estupidez! –les increpó uno de los chicos judíos.

La pelea duró un rato pero las cosas se torcieron cuando uno de los nazis holandeses desenfundó su cuchillo que llevaba en el cinturón y se fue directo contra uno de los judíos, que pudo esquivarlo y estar a tiempo de darle un fuerte puñetazo que lo derribó. Pero el nazi, al caer, se golpeó la cabeza contra el bordillo de la acera y quedó allí tendido. Al ver la sangre manar del occipital, los jóvenes judíos se asustaron y huyeron, mientras oían a sus adversarios decir: "¡Está muerto!".

La brigada se agrupó en un lugar alejado del suceso, bajo un puente. Los chicos se mostraban visiblemente nerviosos.

-¡Ha sido en defensa propia! –se excusó el agresor-. Vosotros habéis visto como ha desenfundado el cuchillo e iba a por mí.

-Ha tenido mala pata al golpearse –justificó otro.

-Sí, pero eso cuéntaselo a los alemanes. Si hubiera ocurrido al revés nadie se inmutaría, pero si lo hemos hecho nosotros… -añadió inquieto el chico pelirrojo.

-Lo mejor será que nos dispersemos y permanezcamos lo menos visibles durante unos días –concluyó otro de los presentes.

El resultado no se hizo esperar. A la mañana siguiente, con la primera luz del día, un ruido de motores de camión se adueñó de las calles. Algunos vecinos empezaron a escudriñar intranquilos por las ventanas mientras empezaban a vestirse. Los vehículos se detuvieron en las plazoletas dejando debajo de sus ruedas una pulpa de agua y nieve machacada. Llovía. Empezaron a descender autómatas uniformados y se oyeron las primeras órdenes y silbatos. En respuesta a lo sucedido, Hans Rauter –el ayudante de Inquart- había decidido enviar policía al barrio judío. Entre los *laceros* había algunos de los nazis holandeses que participaron en la refriega; serían útiles para poder identificar a los agresores. En efecto, además de los miembros de la brigada, detuvieron a 250 hombres judíos al azar y los arrestaron.

Un silencio agobiador reinaba en la sala de estar de los Meijer. Los retratos de los antepasados colgados en la pared -con sus

miradas escrutadoras, vacías, con su mutismo obligado- contribuían a tal efecto. Ruth tenía los ojos llorosos. Sus padres la intentaban consolar.

- David y Sara, Harry, Ariel… -sollozó ella-, todos son buenos chicos.

- Ya lo sabemos, Ruth –le apoyó mamá-. Sólo querían ayudar.

- ¿Y qué será de ellos y del resto de los detenidos? –preguntó Ruth.

- Aún no se sabe –respondió papá-. Por el momento, los alemanes han establecido el Consejo Judío, como en otros países ocupados. Cuando sea preciso, quieren tener a responsables visibles con quien entenderse. .

El día amaneció con niebla. En medio de su espesura se adivinaban los fríos y herrumbrosos cascos de los barcos mercantes que fondeaban en el puerto de Amsterdam. Sus perfiles aparecían y desaparecían a merced de la niebla. Las chimeneas esputaban humo. En las cubiertas de algunos de los buques, como entre nubes, la única muestra de vida era las siluetas de los tripulantes desplazándose. Los ruidos metálicos se confundían con las gaviotas, chillonas, que sobrevolaban el lugar, y el ambiente olía a la mezcla portuaria de agua salada y aceites pesados. Tras el velo de la neblina, unos hombres penetraron silenciosos en el interior de uno de los almacenes del muelle. Dentro, sólo las claraboyas iluminaban el recinto, lleno de

mercaderías y grandes cuerdas. Unos cuantos trabajadores se hallaban reunidos mientras otros compañeros vigilaban la puerta de entrada.

-El motivo de esta reunión es la preocupante escalada discriminatoria y represiva que los alemanes han emprendido contra nuestros conciudadanos y compañeros judíos –dijo uno de los líderes, miembro del ahora clandestino Partido Comunista Holandés.

-Debemos responder a los decretos que poco a poco van asfixiándolos –añadió a su lado un camarada-. Por si fuera poco, como sabéis fueron detenidos 250 hombres arbitrariamente y no se sabe qué suerte correrán.

-Yo soy judío –dijo uno de los presentes-. Y os puedo asegurar que nos están amargando la existencia.

-El Partido, junto con los compañeros del sindicato, queremos hacer un llamamiento a una huelga solidaria en apoyo de la comunidad judía de nuestra tierra –propuso el líder.

-¡Bien dicho! –corearon todos.

-Lo primero que haremos será imprimir con mimeógrafo miles de octavillas y repartirlas. ¿Qué día os parece convocar la huelga de protesta?

-Necesitamos unos cuantos días –reflexionó uno de los compañeros-. Quizás… el próximo martes, el martes 25 de febrero.

Entre los presentes salieron votos de aprobación. Eran rostros curtidos por el duro trabajo como estibadores.

- Pero tenemos que asegurarnos la participación de los empleados municipales –añadió alguien-, en especial la de los tranviarios. Parar los transportes es vital.

El día convenido, a las 12 horas en punto, ningún tranvía circulaba por Amsterdam. Las vías se convirtieron en surcos metálicos desiertos y la ausencia del habitual tintineo de los tranvías creó en el ambiente una sensación extraña, anacrónica, como si la ciudad hubiera regresado en el tiempo un siglo atrás. Sólo algunas tímidas barcazas o bicicletas se atrevían a desafiar la tensión del momento. Al final del día, cerca de la mitad de todos los empleados municipales habían ido a la huelga, y muchos obreros metalúrgicos y astilleros de la ciudad se les unieron, así como trabajadores de cadenas de montaje y administrativos. Un mosaico de personas distintas se adueñaron de la calle: obreros con sus duras maneras y sus ropas sencillas se mezclaban con empleados de cuello blanco y suaves maneras. Grandes multitudes se congregaron en las calles de la ciudad y la policía holandesa no emprendió acciones contra los huelguistas.

Por supuesto, el señor Meijer no abrió la tienda y, junto con su mujer y sólo su hija mayor, se acercaron a las calles más próximas a casa. Tío Isak, visiblemente decaído tras su expulsión de la docencia, estaba con ellos.

- ¡Se ha logrado! –dijo Jacob Meijer.

- ¡Todo un éxito, papá! –confirmó Ruth.

- La gente se está portando noblemente con nosotros –añadió mamá sin poder ocultar las lágrimas.

- ¡Merecen un monumento! –dijo Isak, encendiéndosele una chispa de esperanza-. Ahora los alemanes tendrán que pensárselo.

La huelga cogió a los alemanes totalmente por sorpresa ya que en ningún otro lugar de Europa había sucedido. Inquart, que estaba de vacaciones en Viena, había dejado a Rauter como Comisario General. Cuando la noticia de la huelga llegó a los cuarteles de los nazis, Rauter se puso en contacto con Gerhard Boemcker, el representante personal de Inquart en Amsterdam, y por la tarde citaron al alcalde y al jefe de la policía en funciones. Boerncker les ordenó hacer todo lo necesario para terminar con la huelga, pero ninguno de los dos cooperó con los alemanes. Así que Rauter preparó unidades de policía alemanas para actuar en la ciudad; las tropas empezaron a movilizarse por la tarde. A las 19:30 horas, Rauter ordenó el toque de queda que en general fue obedecido.

Pero al contrario de lo que se esperaba, al día siguiente, miércoles, la huelga no finalizó. Sólo los empleados municipales volvieron al trabajo, bajo amenaza de denuncia y despido. Muchos huelguistas intentaron detener los tranvías que habían empezado a circular. La mayoría de la gente que siguió secundando la huelga eran trabajadores de empresas privadas. A pesar de la censura alemana, la noticia sobre la huelga se extendió

a otras ciudades del país y muchos de sus habitantes la secundaron. Cientos de miles de trabajadores participaron en la huelga, la “huelga de febrero”. Ello enfureció a los alemanes. Tal desafío a su autoridad no podía ser admitido y el Comandante de las Fuerzas Armadas de Amsterdam declaró la ley marcial. Por la tarde, numerosos efectivos de la policía alemana y las SS, fuertemente armados, ocuparon las calles. Camiones de transporte irrumpieron en puntos estratégicos y los alemanes empezaron a tomar posiciones. Las habituales órdenes en forma de gritos retumbaron en el ambiente, mientras decenas de botas de caña alta atravesaban a paso ligero las calzadas. Ante la insistencia de los huelguistas de no dispersarse, miembros de las SS no dudaron en hacer uso de sus armas. Sonaron los primeros disparos: las balas perforaron el silencio de los canales e hicieron impacto en algunas vidas, cerrando así, en un segundo, el ciclo vital de seres humanos que solamente habían querido contribuir, con su actuación, a la lucha contra la injusticia. Algunos huelguistas cayeron muertos y otros cien fueron detenidos y arrestados; muchos de ellos serían enviados a campos de concentración alemanes.

El jueves, ante la represión, la huelga terminó. Como castigo, el alcalde fue cesado y se multó a la ciudad con la fabulosa suma de quince millones de florines. Los alemanes no cambiaron para nada su política antisemita. Holanda fue el único país de la Europa ocupada donde el pueblo protestó públicamente contra las leyes discriminatorias. Sin embargo, el fracaso de la huelga

convenció a muchos holandeses de que cualquier otra nueva resistencia a los alemanes sería inútil. Por otra parte, los 250 judíos detenidos en enero fueron todos enviados al campo de concentración de Mauthausen.

A partir de aquel día todo fue a peor. Se intensificaron las medidas antijudías con el mismo objetivo: aislar totalmente a los judíos de la sociedad *gentil*. A lo largo de la primavera, surgieron más decretos como la prohibición de que los judíos pudieran ser donantes de sangre; tampoco podían entrar en hoteles, restaurantes, teatros, cines, conciertos, piscinas, hipódromos y parques; o ir a vivir fuera de Amsterdam. Los abogados, médicos, farmacéuticos y traductores sólo podían prestar sus servicios a clientes igualmente judíos. En verano, entre otros nuevos decretos, uno de ellos afectó por primera vez directamente a los menores: a partir del próximo curso escolar, los niños judíos no podrían ir a escuelas *arias* y tendrían que recibir las clases en escuelas judías con profesores judíos. Esta medida cayó muy mal entre los hijos de los Meijer.

-Siempre he ido a la escuela con los mismos amigos –se quejó Ruth y recalcó-: Hemos crecido juntos, hemos aprendido juntos, hemos jugado juntos, hemos salido juntos…, sin preguntarnos nunca de qué religión éramos. ¿Por qué tengo que separarme ahora de ellos?

-Y también nosotros, aunque llevemos menos años –añadieron Esther y Jan.

-¿Es qué no tienen bastante en que no podamos ir a divertirnos? –se preguntó Ruth.

Los padres ya no sabían qué contestarles. Abrumados por todo un año de constantes edictos, el de la escolarización había sido una buena puñalada. La planta carnívora había extendido su sustancia pegajosa y todos estaban cayendo en ella a la espera de ser devorados. Al fin y al cabo, las estrategias que los *superhombres* habían utilizado con la comunidad hebrea desde la capitulación eran tan primarias como las de la naturaleza misma: atraer a la víctima, darle confianza… y apoderarse de ella.

El pequeño Jan estaba desorientado. Bajó un momento a la calle para ir a por leche cuando se topó con Vincent, un compañero de clase, *gentil*, muy amigo suyo, que decidió acompañarlo hasta la vaquería.

-Mis papás me han dicho que no vendrás más a la escuela –dijo Vincent apenado.

-Eso parece –contestó Jan.

-Y ¿por qué? –preguntó Vincent-

-Porque soy judío –respondió Jan casi avergonzado.

-Eso ya lo sé –dijo su amigo-. Pero ¿qué hay de diferente en ti por el hecho de que seas judío?, ¿no aprendes y juegas como los demás?, ¿no sonríes igual que yo..?

-Sí, pero los alemanes no lo ven así –afirmó Jan-. Dicen que somos *distintos*, una raza aparte, inferior y yo qué sé. No nos dejan ni ir al cine.

Vincent se detuvo y con rostro compungido pasó su brazo alrededor del hombro de Jan.

-Te encontraré a faltar, Jan.

-Yo también.

Los dos amigos de la infancia se separaron y tomaron caminos distintos. Y también diferentes destinos. Escenas parecidas se vieron en el caso de las hermanas de Jan con respecto a sus amigas de clase; lágrimas y abrazos. En septiembre, Esther continuó yendo a clase con sus amigas judías pero ahora en el instituto judío.

-¡Qué lata! –protestó Anne Frank en el corredor del centro; tenía fama de parlanchina, pero era muy simpática e inquieta-. Hoy han decretado que no podremos practicar deportes, ni tampoco entrar en bibliotecas o museos.

-Yo ya no me atrevo a hacer nada, por miedo a que esté prohibido –dijo su amiga Jopie que se encontraba junto a Esther.

-No hagas esto, no hagas lo otro… Nuestra libertad está muy restringida. Pero, ¡vamos! La vida aún es soportable –añadió Anne, llena de optimismo.

En aquel momento el señor Kepler, el profesor de matemáticas, se asomó por la puerta de la clase:

-Señorita Frank, ¿es qué es usted incapaz de callarse? Entren…, la clase acaba de empezar.

Anne les hizo un guiño a sus colegas y, sonriendo, entraron en clase.

En 1942, muchos de los holandeses judíos que habitaban en otras ciudades fueron obligados a ir a vivir a Amsterdam. El Consejo Judío tuvo la responsabilidad de buscarles casa. Los barrios judíos de la ciudad empezaron a parecerse a los guetos. Desde la ventana del comedor, el matrimonio Meijer veía como las habitualmente tranquilas calles del barrio estaban ahora muy transitadas por los recién llegados. Algunos habían llegado en coche pero también había quien llevaba la maleta atada detrás del sillín de la bicicleta o incluso en un carro tirado por algún mozo. Las barcas también hacían a la vez de transporte. Todos los semblantes expresaban tristeza y confusión. También los de la pareja con un niño de unos seis años que iban buscando el número de una vivienda que llevaban apuntado en un papel. Era el del inmueble de los Meijer. Señalaron hacia arriba, entraron y subieron al piso de Jacob y Raquel. Sonó el timbre.

-Debe ser la familia que nos han asignado –dijo ella.

Jacob fue a abrir. La pareja joven con el niño y las maletas esperaba tras el umbral.

-¿El señor Meijer? –preguntó cortesmente el joven papá.

-Soy yo. ¿Les envían los del Consejo? –el joven hizo un gesto afirmativo-. Pasen.

El matrimonio entró tímidamente en la casa a la vez que aparecía Raquel.

-Ella es mi mujer, Raquel –añadió Jacob-. Yo soy Jacob. Nuestros hijos Ruth, Esther y Jan están en la escuela.

Se saludaron y los recién llegados se presentaron. Se llamaban Benjamín, Rebeca y Dani, el pequeño. Eran de Delft, de origen sefardita. A finales de la Edad Media, sus antepasados fueron expulsados de España. Él era dibujante y ella traductora.

-El niño estará cansado. Pueden acostarlo en la cama de nuestro pequeño. Dormirán juntos. A nuestras hijas las hemos agrupado y tendrán para ustedes el cuarto de la mayor –les explicó Raquel.

-Sentimos mucho las molestias –se excusó la joven mamá.

-¡Vamos, vamos! –la tranquilizó Jacob-. Son momentos difíciles para todos y debemos ayudarnos.

Gracias al carácter discreto del joven matrimonio, los Meijer apenas notaron su presencia los días siguientes. El padre, Ben, tan tímido como bondadoso, enseguida entabló amistad con Jan, a quien le gustaba enseñar los bocetos de sus dibujos que servían para ilustrar revistas de todo tipo: unas veces eran figurines con vestidos nuevos, otras veces eran historietas, e incluso órganos para semanarios científicos. Uno de los dibujos que Ben le mostró a Jan reproducía minuciosamente el órgano del corazón. Jan le preguntó “qué era” y Ben le contestó que era su propio corazón

pero que ahora lo tenía *roto* por las circunstancias. El pequeño no le entendió pero siguió curioseando sus bocetos.

Los espejos colgados detrás del mostrador de la pastelería Delphes, una de las pocas autorizadas a los judíos, reflejaban rostros distintos a los de hacía sólo dos años. La poca clientela que había tenía una expresión de temor y abatimiento. Jacob se hallaba tomando un té acompañado de Otto Frank, que estaba leyendo el *Her Joodchse Weekblad* (El Semanario Judío), el único diario judío, impreso por el Consejo Judío, que los nazis permitían publicar. Jacob hacía rodar la taza con su dedo mientras esperaba que no humeara tanto.

- El edicto que se publica hoy obliga a los judíos a vender nuestros negocios a los *gentiles* –leyó Otto-. Esto juntamente con la prohibición de que muchas personas no puedan ejercer su profesión será la causa de que familias enteras pasen privaciones. Es el eslabón que faltaba para hundirnos en la miseria.

- Ciertamente –dijo Jacob.

El silencio siguió a la lectura de la noticia, indiferentes los dos al tintineo de las tazas en el mostrador. Un camarero barría simbólicamente la ausencia de restos en el suelo.

- Una salida sería tratar de poner el negocio en manos de amigos *gentiles* –apuntó el señor Frank.

- Al menos hasta que termine la guerra. Tarde o temprano todos los incendios acaban apagándose. Pero ¿en quién poder confiar?

-¡Creo que lo tengo! –exclamó Otto-: Henk, el marido de Miep Gies, mi leal empleada.

-Lo hablaré con mi mujer –dijo Jacob.

Una vez en casa, Raquel le sugirió el nombre de un reputado comerciante cristiano, buen conocido de ellos y persona contraria a las medidas antisemitas, que podría hacerse cargo temporalmente de la tienda. Podría enviar a algún empleado…

La primavera, un momento del año habitualmente tan esperado por todos, se estrenó en el año 42 sin pena ni gloria, agobiada como estaba la población hebrea por los sucesivos decretos que iban asfixiándoles: prohibición de ir en coche, de trasladar muebles de su casa sin permiso expreso, el establecimiento de las llamadas *leyes de Nuremberg* según las cuales no podían casarse judíos con gentiles o mantener relaciones.

-A mí siempre me gustarás, Ruth –le dijo Franz con valentía, en un encuentro ahora casi clandestino entre ambos jóvenes.

-Pero seguir viéndonos puede ser peligroso incluso para ti, Franz.

-No me importa si con ello puedo verte. No permitiré que estos fanáticos con sus absurdas teorías raciales nos separen para siempre. ¿Acaso hay algo en ti que indique que eres diferente?

Los nazis no tardaron en responder a esta pregunta: el decreto 13 del 29 de abril del 42, el más drástico, por el cual se obligaba a los judíos a llevar en público una estrella de David amarilla con la palabra *Jood* (Judío) inscrita. El distintivo, del tamaño de la

palma de la mano, tenía que llevarse cosido en las prendas, en la parte izquierda del pecho. Quienes incumplieran el mandato estarían sujetos a seis meses de cárcel, o al pago de una multa de mil florines, o a ambas cosas. El Consejo Judío recibió 569.355 distintivos que tenía que repartir en tres días. El Consejo protestó contra el decreto pero de nada sirvió. Todos los hogares judíos recibieron una circular en la que se les comunicaba la orden y se les decía dónde podían adquirir el distintivo al precio de cuatro céntimos. El edicto produjo una gran consternación entre todos los holandeses, cristianos o judíos, especialmente entre éstos últimos.

- ¡No pienso salir más a la calle! –añadió Esther.

Muchos holandeses *gentiles* se mostraron solidarios contra el decreto. El diario clandestino *De Vonk* imprimió 300 mil estrellas de papel con la inscripción “Judíos y no judíos somos lo mismo”. Veintitrés estudiantes de una escuela fueron detenidos por llevarlas y enviados durante dos semanas al campo de concentración de Amersfoort.

En mayo, los judíos fueron obligados a entregar todas sus joyas y colecciones de arte personales. Por lo que respecta a las cuentas bancarias, se les ordenó depositar su dinero en cuentas especiales; una familia no podía sacar más de 250 florines al mes. Se les prohibió ejercer otras profesiones, incluyendo las de farmacéutico, contable y prestamista. A finales del mes, preocupantes rumores empezaron a circular entre la comunidad

judía; fuentes de los cuáqueros revelaron que los alemanes pronto empezarían a deportar judíos fuera del país.

Ben y Jan estaban sentados en un banco junto al Keizersgracht. Las casas en este canal no son tan grandes como las de otros canales, pero tienen el encanto y solidez que convenían a la clase media holandesa de hacía unos siglos. Ben estaba completando en su cuaderno de dibujo los trazos de unos bustos esculpidos en la fachada de un edificio conocido como la “Casa de las Seis Cabezas”. Los rostros iban tomando forma sobre el papel y bajo la mano diestra de Ben parecían tener vida.

- ¿A quiénes representan esas cabezas? –preguntó Jan.

- A dioses de la Antigüedad –le respondió Ben-. Aunque la gente prefiere creer que se trata de ladrones cuyas cabezas fueron cortadas por una valiente criada de la casa.

Al otro lado del canal, un oficial alemán hacía turismo e iba deteniéndose ante los edificios históricos para contemplar sus fachadas. Ben hizo un comentario para sí mismo:

- Quizá lo que necesitaría nuestro país son más doncellas como la de la casa, que se enfrente con los ladrones…

Ben empezó a tomar un rápido esbozo del oficial cuyos pantalones bombachos le sugirieron otra cosa: en el dibujo los pantalones se abombaron más de la cuenta y en lugar de la gorra de plato apareció una de forma cónica. Jan se rió mucho cuando

descubrió que el *miles gloriosus* teutónico se había convertido en un payaso circense.

Cuando el oficial se marchó, Jan se quedó pensativo mientras Ben volvía a esbozar los bustos. El niño se palpó el distintivo cosido en la prenda y dijo con tristeza:

-Ruth dice que parecemos ganado…

Ben paró de dibujar y se lo quedó mirando.

-¿Te preocupa el distintivo? –le preguntó Ben-. A mí tampoco me gusta. Pero, mira, fíjate –le dijo tocándose su estrella y haciendo ver que se la arrancaba y la trasladaba hasta el papel, donde se puso a dibujarla-. Sólo es una estrella…, una estrella que puede volver al firmamento.

Cuando la hubo terminado, arrancó la hoja del cuaderno de dibujo que dejó sobre el banco, se levantó y empezó casi a danzar y a hacer gestos con las manos como si la estrella volara, mientras iba diciendo: "una estrella, una estrella". La mágica escena hizo aflorar la sonrisa del pequeño.

-Y ahora, Jan –siguió diciendo Ben mientras le alcanzaba el dibujo-, cogerás la estrella y la tirarás al agua.

Jan obedeció: como si se tratara de un objeto delicado, tomó la hoja de papel sobre las palmas de sus manos, se acercó al canal y la dejó caer suavemente sobre las aguas, que no tardaron en llevársela.

- Ahora, Jan –añadió Ben-, la estrella viaja hacia el mar y, cuando esté allí, se unirá con las otras estrellas del firmamento y,

cada noche, cuando mires al cielo, te estará saludando. La que más brille, ¡aquella será!

14 de junio del 42, domingo por la tarde. Esther Meijer asistió a la pequeña fiesta de cumpleaños que celebró su amiga Anne Frank; dos días antes había cumplido trece años. También fueron otras amigas del liceo, como Lies, Sanne, Jopie y Jacqueline. Aún no había Ester traspasado el umbral de la puerta cuando Anne, siempre tan alegre, rodeó el hombro con su brazo y la hizo pasar. El interior de la casa era sobrio pero ordenado, como cualquier hogar centroeuropeo de clase media. De la ventana de la salita colgaban algunos motivos festivos. Faltaban pocos días para el solsticio estival y penetraba una luz generosa. El resto de las amigas ya habían llegado y el jolgorio era considerable. Esther le entregó un ramillete de flores y Anne le dio las gracias. Había otros regalos desparramados encima de una mesilla.

Mamá Frank había encargado una tarta y Margot había preparado limonada fría. Papá se parapetó discretamente en su habitación aunque de vez en cuando sacaba la nariz por si necesitaban algo.

- ¿Y qué te han regalado? –le preguntó Esther a Anne.

- Mi primera sorpresa al levantarme…, y la verdad es que lo hice antes de hora por los nervios, fue encontrarme con un ramillete de rosas, una planta, dos ramas de peonía…

- ¡Qué bonito!

-Y eso no es todo –siguió entusiasmada Anne-. También me regalaron un juego de sociedad, bombones, chocolate, un rompecabezas, un broche, libros… ¡Fue magnífico!
-Los caramelos que nos repartiste durante el recreo estaban muy buenos –añadió Lies.

Después de dar buena cuenta de la tarta, pasaron al cotilleo, cuyas víctimas fueron algunos chicos del instituto a quienes les tenían puesto el ojo. Que si Goldman me mira de vez en cuando…, que si Weiss le regala bombones a Myiriam…, que si a Wessel le gusta Anne –y aquí Anne se ruborizó-…

Al cotilleo le siguieron momentos divertidos de Anne como sus demostraciones sobre su habilidad en hacer salir su hueso del omoplato o sus confesiones acerca de sus sujetadores, propiedad de Margot, hinchados con algodón para aparentar más pecho, detalle este último que desató auténticas carcajadas por parte de sus amigas.

En un momento dado, corrieron las cortinas y una discreta oscuridad se apoderó del ambiente. El papá de Anne –el padre perfecto- era aficionado al cine y solía alquilar películas que proyectaba sobre la pared de la salita. Aquel día alquiló *El guarda del faro*, con Rin-tin-tin. Pero antes del pase, Anne les pidió a las *espectadoras* la correspondiente invitación. Era una divertida costumbre de Anne y Jacqueline quienes se inventaron un cine imaginario; para que pareciera un cine de verdad, hacían entradas donde ponían: “Anne Frank invita a… el día.. a las… en

Merwedeplein, a la proyección de la película… Sin esta invitación no se permitirá la entrada. Por favor, confirmen su asistencia. Fila… Butaca…”

A pesar de lo divertido de la merienda, no podían disimular su turbación pensando en las prohibiciones aparecidas en junio.

-¡No nos despistemos con la hora! –dijo Esther-. Recordad que el nuevo decreto nos obliga a permanecer en casa desde las 8 de la tarde hasta las 6 de la mañana. Y tenemos que regresar a nuestras casas a pie.

-¿De qué nuevo decreto hablas? –preguntó desolada Jopie-. Porque cada día hay un *nuevo* decreto. Prohibición de ir a casa de *gentiles*…

-…Obligación de comprar en tiendas no judías entre las 3 y las 5 de la tarde, de ceder nuestras bicicletas… -añadió Sanne.

-Prohibición de ir a las peluquerías no judías… -aún añadió Lies.

-Y de usar los teléfonos y los transportes públicos –agregó Jacqueline.

-Hace más de un año ya nos prohibieron seguir yendo al club de remo –recordó apenada Margot.

-Bueno, pues –dijo Anne levantándose, con cara de fastidio-. Se acabó la fiesta.

Todas ellas permanecían sombrías. El resto de la tarta en la mesa era lo único que recordaba la merienda.

Un cinturón de hierro se iba cerrando alrededor de la comunidad hebrea, hasta llegar a cerrarse del todo cuando, el día 26, el comandante de la policía especial alemana en Amsterdam, Aus der Funten, convocó a los responsables del Consejo Judío. El despacho estaba decorado fríamente, en realidad se limitaba a una gran mesa llena de expedientes detrás de la cual se sentaba *herr* comandante en actitud prepotente. Un cortinaje rojo entonaba perfectamente con la mentalidad sanguinaria de los conquistadores. El retrato del *Führer* presidía la estancia. Con su mirada hipnótica y su brillo de locura en los ojos parecía controlar todo lo que decían o hacían sus funcionarios de la orden de la calavera. Como el Dr.Frankenstein, había creado monstruos con cerebros de alienados, y con trozos de aquí y de allí (un pedazo de nacionalismo exacerbado, otro de fanatismo, otro de intolerancia, otro de racismo…) había conseguido traducir en real la imagen literaria del demonio. Pero el real era peor porque, lejos de parecerse al de la típica iconografía del diablo con rabo y cuernos, éste era rubio y de aspecto bonachón, con un vientre prominente debido a las juergas con cerveza y salchichas; parecía humano pero en realidad sólo era un simulacro de humanidad.

El comandante fue al grano:

-Les he hecho venir para comunicarles que nuestro gobierno está preparando el envío de contingentes de judíos holandeses a campos de trabajo en Alemania. Espero que, para el mejor funcionamiento de todo, el Consejo coopere.

Los miembros del Consejo Judío intercambiaron miradas de asombro.

-¡Pero estas medidas violan las leyes internacionales, algunas de ellas prohíben específicamente el reclutamiento de civiles en países ocupados! -protestó el copresidente David Cohen.

El comandante hizo caso omiso de la protesta y abandonó el despacho.

El Consejo se fue y se reunió de inmediato en su lugar de costumbre. Después de varias discusiones desagradables, el Consejo decidió:

-No nos queda otra opción: colaborar con los alemanes en sus planes –concluyó Cohen-. Si los judíos nos implicamos en el proceso, siempre podremos suavizar los efectos.

-Además –añadió Asscher-, cabe la esperanza de que la guerra se acabe pronto. En diciembre América entró en la contienda y en unos meses terminarán con los alemanes. Si no podemos evitar que se lleven a la gente, al menos podemos retrasarlo y así ganar tiempo.

-A lo que sí me niego es a prepararles a los alemanes listas de gente para su reclutamiento –dijo Cohen.

No hizo falta. De la confección de las listas de judíos para ser deportados se encargó una sección de la Oficina Central para la Inmigración Judía en Amsterdam, un departamento que Adolph Eichmann instauró en todos los países ocupados. Pocos días después, miembros del equipo de este departamento –a partir de

los registros que se habían compilado del censo especial de judíos realizado en enero del 41-, confeccionaron el listado con los nombres de los cuatro mil primeros judíos que serían deportados para realizar trabajos.

A petición del señor Goosen, un buen amigo de los Frank, el señor Meijer se encontró con él en uno de los muelles de la ciudad. Goosen tenía que confiarle algo importante. La fuerte brisa de verano que azotaba el lugar hacía que las camisas de ambos hombres se estremecieran, como sus ánimos, puesto que ya estaban al corriente de los próximos planes de los nazis.

-El domingo a las tres llamaron a la puerta de casa de los Frank –empezó a referir Goosen-. Otto se encontraba de visita en el hospicio judío. Era un funcionario que traía una carta certificada con una convocatoria de la Oficina de Inmigración dirigida a su nombre pero que se refería a su hija mayor Margot. La citación decía que en el plazo de una semana sería enviada a un campo de trabajo; también indicaba el tipo de ropa y cosas personales que puede llevarse.

-¿Y por qué Margot? –preguntó Jacob.

-Porque la orden del pasado día 5 sólo afecta a los jóvenes, solteros e inmigrados alemanes. Margot tiene 16 años. Cuando Otto llegó y leyó la citación vio que se trataba de Margot y no de él, como creían. Toda la familia se quedó muy turbada.

-De todas maneras –dijo Jacob-, no tardaremos en seguirles el resto, al margen de la nacionalidad, edad, sexo o condición social.

-La señora Frank –siguió Goosen- enseguida se fue a ver a Van Daan, un colega de Otto y amigo de la familia, para saber si aquel mismo día podrían ir a ocupar *el escondite*.

-¿*El escondite*? –repitió Jacob, sorprendido.

-Sí, Jacob. Te lo voy a explicar y te pido que guardes el secreto –le rogó Goosen-. Desde hace meses los Frank han estado preparando un escondite en el anexo de un antiguo edificio, con la complicidad de unos amigos *gentiles* a quienes tú ya conoces pero que no voy a descubrir por razones de seguridad. Hicieron trasladar pieza por pieza una parte de sus muebles, ropa de cama y vestidos. De hecho, tenían previsto ir al refugio el día 16 pero la citación les obligó a avanzar su marcha. Dejaron pistas falsas e hicieron creer a los alemanes que habían huido a Suiza. La instalación es del todo rudimentaria, pero en fin… Los Van Daan también se han *sumergido* con ellos. Son siete. Los amigos que te he mencionado estuvieron toda la noche del domingo y el lunes trasladándoles ropa y otras cosas. El lunes por la mañana entraron en el anexo.

Goosen y Meijer se mantuvieron unos segundos en silencio, sobrecogidos y mirando obsesivamente la línea del mar, tras la cual en algún rincón del mundo los alemanes no debían reinar y la gente sería libre. Jacob reaccionó:

-Pero es muy duro encerrarse uno mismo y su familia en un trozo de piso. Es como la cárcel pero sin barrotes. Además, es

igualmente arriesgado. ¿Cuánto podrán aguantar?, ¿cuándo acabará la guerra?, ¿y si los descubren..?

- Ha sido su decisión –contestó Goosen.

- ¿Y usted por qué no ha hecho lo mismo si conocía los planes de los Frank?

- Ellos tenían un plan de acción, cosa que la mayoría de nosotros no tenemos. Han sido la excepción dentro de nuestra comunidad, donde más bien impera una gran confusión sobre qué hacer. ¿Debemos obedecer las citaciones o no?

- El Consejo Judío dice que sí –puntualizó Jacob.

- Pero no todo el mundo está tan seguro de lo que afirma el Consejo –dijo Goosen-.

Con los días les llegó también la hora a los jóvenes judíos holandeses. La pregunta se repitió en casa.

- Quizás deberíamos planear lo mismo que hicieron los Frank, Jacob –sugirió su mujer-, escondernos hasta el final de la guerra.

- ¿Pero dónde? –preguntó Jacob-. Esconderse está castigado con el envío a un campo de concentración; y también para aquellos *gentiles* que nos ayuden. Además –añadió-, ello implica que oficialmente pierdes tu identidad y, por tanto, no puedes obtener tus raciones. La comida la tendríamos que comprar en el mercado negro y los precios allí se disparan.

-Papá, yo no podría estar encerrado en una misma habitación durante largo tiempo –apuntó Jan-. A mí me gustan los paisajes, montar a caballo…

-Unas amigas mías creen, como yo, y muy a pesar nuestro –matizó Ruth-, que debemos obedecer las convocatorias e ir a trabajar, porque sino podríamos perjudicar a nuestros padres.

-Ruth tiene razón –recalcó Esther.

-Además, es lo que las autoridades nos piden –añadió Jacob.

Dentro de la comunidad judía en conjunto, muchas personas acudieron a la convocatoria y otras tantas no. Los Meijer decidieron esperar y observar los acontecimientos.

El 11 de julio una coalición de clérigos protestantes y católicos enviaron un telegrama de protesta a Seyss-Inquart donde le comunicaban su indignación por las inminentes deportaciones; que tales acciones "iban en contra de los divinos mandamientos de justicia y caridad", y que el próximo domingo promulgarían su protesta desde los púlpitos de todo el país. Inquart les amenazó con no seguir respetando la neutralidad de que gozaban los judíos conversos en Holanda. Los pastores protestantes frenaron la protesta pero no así los sacerdotes católicos. Al día siguiente, Inquart hizo arrestar a todos los judíos convertidos al catolicismo, incluso a los religiosos, como la hermana Teresa Benedicta de la Cruz –antes, Edith Stein- que fue sacada del convento y enviada a Auschwitz. El Gobierno Holandés en el exilio hizo un

llamamiento por la radio, desde Londres, para resistir a los planes raciales de los alemanes, aunque no explicaron cómo.

Evidentemente no se presentaron los cuatro mil judíos que los nazis querían deportar. Se había de tomar alguna medida.

Tío Isak, que ahora venía con más frecuencia a casa de los Meijer, tenía el semanario del Consejo Judío desplegado y estaba acabando de leer los titulares de la portada de una edición especial del 15 de julio (el mismo día que salió el primer tren con gente para los campos de trabajo en Alemania), y que los alemanes les habían obligado a publicar.

-“…las 700 personas arrestadas serán enviadas a campos de concentración en Alemania si los 4000 reclutados no se presentan.”

-¡Canallas! –protestó Ben, el dibujante-. Se refiere a los 700 que ayer detuvieron al azar para servir como rehenes.

-Han tomado la medida –dijo Ruth-. Forzarnos a salir de la madriguera.

-Esto no es una medida, ¡es puro chantaje! –exclamó Isak.

-Tío, no te molestes en intentar entrever cualquier detalle de moralidad en esos individuos –dijo Ruth-. La única solución es presentarnos.

-¡Separarme de mis hijas..! –sollozó mamá.

Pero no sería necesario. Los alemanes empezaron a anunciar que las familias podrían ir enteras a *trabajar* a Alemania, no deseaban ver a los niños separados de sus padres… A lo largo del mes de

julio, la Oficina de Inmigración continuó mandando citaciones a la gente reclutándola para ir a Alemania (la idea de los alemanes era deportar 4000 judíos por semana).

- Si nos presentamos voluntariamente toda la familia, podremos ir juntos a realizar el servicio laboral –propuso el señor Meijer, rodeado de su familia y del matrimonio que hospedaban.

- Pero ¿quién asegura que realmente se trata de un "servicio" y no de un campo de concentración? –inquirió Esther.

- Los del Consejo Judío dijeron que los alemanes les habían recalcado repetidamente que a lo que eran destinados los judíos en Alemania era a trabajar en tareas corrientes. Y tiene su explicación –aseguró papá-. Es por todos conocido que la mano de obra es insuficiente en Alemania, sobre todo en lo que atañe a la industria de armamento. Sus hombres maduros están en el frente y se necesitan obreros. Qué más les da que sean judíos… Además, hay muchos obreros judíos. Tampoco notarán demasiado la diferencia entre una fábrica de aquí y una de allí. Al menos allí podremos trabajar.

- En cambio -añadió Ruth-, quienes no obedecen la orden de reclutamiento son amenazados con ser enviados a un campo de concentración en Austria. Ya sé que nadie quiere ir a Alemania a trabajar pero ir a un campo de concentración puede resultar mucho peor.

- ¡Por favor, Ruth! –exclamó Ben, mientras se levantaba de la silla y se acercaba a la ventana-. No entiendo que queráis comportaros

como los corderos… Yo y mi mujer no pensamos presentarnos voluntariamente. Pero, ¿de qué tipo de trabajo social se trata, realmente..? Nadie lo sabe. Por el contrario, sí sabemos lo que los nazis piensan acerca de los judíos.

-Es mejor permanecer juntos aquí que no separados en Alemania –aportó su mujer.

El señor Meijer estaba hecho un lío, y también el resto de la familia, pero ¿qué hacer? Si desobedecían y se quedaban, se exponían a ser deportados; si se iban voluntariamente, se exponían igualmente a un destino incierto. Jacob tenía la mente obnubilada.

También la tenía el responsable de la policía alemana, pero en otro sentido: enojado por los escasos resultados. Así que cambió sus métodos. No enviaría más citaciones y usaría toda la fuerza posible. A principios de agosto, los nazis salieron a la calle a detener judíos. Teniendo en cuenta que el 90% de todos los hebreos de Holanda estaban concentrados en unos pocos barrios de Amsterdam, a los perros de presa uniformados no les era difícil su captura al azar. Cualquier persona que circulara por la calle con una estrella amarilla en el pecho era candidata perfecta a ser detenida.

La canícula nocturna se acentuaba en la ciudad cuando no soplaba el viento. El agua de los canales reforzaba aún más la sensación de humedad y la gente prefería dormir con las ventanas

abiertas. Iluminados por las tenues luces de las calles, camiones militares verdes y grises irrumpieron lentamente en una de ellas y se detuvieron ante un edificio. Sigilosamente, los alemanes, ayudados por nazis holandeses, penetraron en el inmueble y aporrearon la puerta del primer piso.

-¿Viven aquí judíos? –le inquirió amenazador un miembro de la Gestapo a una mujer al abrirle; ella lo negó con la cabeza-. ¿Sabe si hay judíos en los otros pisos?

La mujer se encogió de hombros y no abrió la boca, evitando delatar a otros vecinos. Los nazis prosiguieron su registro. Cuando en el tercer piso descubrieron a una familia judía, los arrestaron a todos. Les dieron diez minutos para recoger algunas pertenencias. Pasado este espacio de tiempo, tuvieron que entregarles las llaves a los alemanes. Las pertenencias que quedaban en el piso pasaban a ser propiedad del Tercer Reich; una especie de robo legal. Los gritos y lamentos de las mujeres y de los niños resonaron en el hueco de la escalera.

-¿Qué nos ocurrirá mamá..?

Alertados por los chillidos de los críos, las puertas del resto de los pisos empezaron a abrirse.

-¿Qué ocurre, qué ocurre..?

El registro se hizo piso por piso. Las familias judías desfilaban escaleras abajo con unos pocos bártulos y, una vez en la calle, eran introducidas en los camiones.

-¿Pero qué tipo de trabajo pueden realizar en Alemana mi padre, de 80 años, o mi hijito de cuatro? –se preguntaba uno de los detenidos.

Terminado un bloque, se empezaba con otro. Noche tras noche. Las personas que se resistían eran golpeadas y arrastradas hasta el camión. Un hombre aprovechó la confusión e intentó huir pero, al no hacer caso del "*Halt!"*, fue abatido por un tiro. Su cuerpo sin vida cayó a un canal. Su sangre, idéntica a la de sus verdugos a pesar de que ellos creyeran lo contrario, se diluyó en las oscuras aguas hasta formar una sola cosa. Otra vida se había apagado.

Ocasionalmente, los nazis descubrían algún escondite y sus ocupantes eran inmediatamente conducidos a los sótanos del cuartel de la Gestapo. Las personas que eran descubiertas no solían oponer resistencia, ya que intuían que era inútil. Sin embargo, no fue el caso de los Minco, que sí ofrecieron resistencia. De hecho, ya habían planeado junto con su hija Marga, de doce años, que si la policía los descubría, el padre intentaría entretenerlos discutiendo e incluso peleando con ellos, dando así a su esposa y a su hija la oportunidad de huir por una puerta trasera. Pero las cosas no salieron como esperaban y el matrimonio resultó muerto, excepto Marga que pudo escapar.

Tales hechos llegaron a oídos de los Meijer. La decisión estaba tomada:

-Definitivamente, si nos presentamos voluntariamente tendremos alguna oportunidad. De la otra manera, nos acabarán sacando de casa por la fuerza y nos enviarán a un campo de concentración.

-Tienes razón, Jacob –le dijo su mujer-. Estamos atrapados y no hay elección.

-Lo que tú decidas, papá –añadió Ruth.

Tío Isak llegó a la misma conclusión y el huésped Ben al final decidió seguirles junto con su mujer y su hijito dada la situación de impotencia. Así que se personaron en una de las oficinas donde les tomaron los datos y les dieron una dirección para que se presentaran pocos días después.

Los días que siguieron fueron frenéticos: liquidación de asuntos pendientes, papeleo, maletas, joyas, reembolso de dinero, despedidas… Los Meijer se reunieron con otros amigos para intercambiar impresiones o para decirse adiós.

Por su parte, Ruth se encontró con el joven Franz para despedirse. El muchacho le había cogido las manos y se sentía muy apenado.

-Es una barbaridad todo lo que os hacen, Ruth. Discriminar así a las personas por motivos de raza o de lo que sea…

-Cuando termine la guerra, nos volveremos a ver, Franz.

-Te estaré esperando.

La última tarde antes de partir, los Meijer dieron un paseo silencioso por las calles de su ciudad natal: telaraña de canales y puentes, la imagen de las casas con remate triangular desdoblada

sobre las aguas, figuras esculpidas en los frontones ajenas al destino de los ciudadanos, el sol otoñal clausurándose detrás de los edificios y pintando haces de color en la corriente del canal, el agua que susurra al paso de las barcazas… Apoyados en una barandilla, miraban fijamente sus propios rostros reflejados en el agua mientras su mente estaba en blanco: pero, a diferencia de un espejo, sus rostros nunca permanecían iguales, cada ondulación del agua cambiaba la última impresión, como una película sin fin, donde todo era mutable, ofreciendo visiones distintas y caprichosas de sus miradas. Sus destinos estaban marcados allí, pero el agua era inescrutable y se los llevaba la corriente.

Cuando tuvieron las maletas preparadas, los Meijer contemplaron por última vez, y en silencio, el que había sido su hogar; numerosos recuerdos se les agolpaban en la mente y se les hacía un nudo en la garganta. ¡Cuántas alegrías habían acogido aquellas paredes! Una vez en la calle, con la puerta de la finca cerrada tras sus espaldas, la nostalgia dio paso a la inquietud. A pesar de seguir pisando un lugar aún conocido por ellos, tenían la sensación de haber saltado al vacío. Unos ladridos lejanos rompieron el silencio de las primeras luces de la mañana. Iban cargados a pie. Los obreros madrugadores les miraban con aire compasivo, sus rostros expresaban visiblemente cómo les dolía no poderles ofrecer un medio de locomoción. Su distintivo amarillo era elocuente.

La dirección que les habían dado era la del Teatro Judío; antes de la guerra había sido uno de los teatros más brillantes de la ciudad. Aquí era donde también eran conducidos los detenidos por las redadas. Su interior estaba repleto de cientos de personas apiñadas con sus bultos en el vestíbulo o en la sala. Ya no se escuchaban las bellas melodías de los conciertos; los llantos de los niños pequeños y los gemidos de los ancianos se elevaban hasta el techo de la sala y convertían la –ahora- escena real en una pieza dramática permanente. Pero ninguno de los autores que se habían representado en el teatro hubiera podido imaginar una tragedia como la que allí se estaba gestando.

A los detenidos los tuvieron un par de días rellenando impresos. Pasado este tiempo, los reunieron en el vestíbulo y les dijeron que su inmediato destino iba a ser la estación central. Un padre con aspecto de funcionario o de contable, que llevaba cogido a su hijo de la mano, se mantenía impertérrito en la fila.

- Papá, ¿vedada qué no se olvidarán de nosotros los alemanes? –preguntó el niño.

- No lo dudes, hijo –le contestó hierático su padre-. Son una gente extraordinariamente organizada. Ya lo verás.

En el exterior, unos tranvías especiales estaban esperando a los detenidos, fuertemente vigilados por la policía. Cuando se pusieron en marcha, desde el interior los Meijer contemplaron su ciudad, aquella ciudad por la que tanto habían paseado y que tanto amaban.

Los condujeron a la estación central –abarrotada de otros detenidos y de policías- y, de allí, al campo de tránsito de Westerbork en trenes. En el campo los ubicaron en barracones y les hacían trabajar en cosas inútiles como, por ejemplo, romper pilas viejas para reciclarlas. Dos semanas después, un lunes por la tarde fueron convocados y se les anunció que a la mañana siguiente partirían hacia algún campo de trabajo en Alemania, que prepararan sus cosas.

III

A las siete de la mañana del martes, los Meijer y otros miles de detenidos se encontraban formando fila con sus escasas pertenencias a poca distancia de las vías donde decenas de trenes les esperaban para conducirlos a sus destinos. Policías locales, supervisados por SS, repartían entre la gente el número de vagón al que tenían que subir.

-¡Meijer! ¡Los cinco al 139! –gritó uno de los agentes-. ¡Vamos, de prisa!

Lo primero que llamó la atención al señor Meijer fue el tipo de vagones que formaban los convoyes.

-¡Son vagones de carga! –exclamó estupefacto-. ¿Pretenden llevarnos como a los corderos?

-¡No digas eso, Jacob! –dijo su mujer, mientras por la columna le recorría una sensación de frío-. A los corderos los llevan al sacrificio.

Las masas de detenidos empezaron a moverse arrastrando sus bultos y a los niños pequeños, algunos de los cuales lloraban presintiendo algo incierto, hasta situarse frente a sus respectivos vagones. El día se había levantado plomizo y un nubarrón amenazaba con desplomarse sobre el lugar. Un viento frío contribuyó a reforzar el malestar físico de los deportados; el malestar moral ya hacía tiempo que lo venían sufriendo. Los policías les daban prisa para que subieran a los vagones.

El señor Meijer fue el primero en subir al que les correspondía, así podría ayudar al resto de la familia. Al poner los pies sobre el piso del vagón, se fijó en su interior. El mundo se le vino abajo: efectivamente, se trataba de un vagón para ganado, una especie de pequeño establo sobre ruedas, con unos pocos respiraderos con alambre de espino y un cubo para las necesidades en un rincón. Igual impresión se llevó el resto de la familia, pero poco tiempo tuvieron para contemplar el interior ya que el resto de personas asignadas al vagón –hasta un centenar- se iban agolpando en cuestión de segundos, junto con sus bultos, y los Meijer quedaron acorralados entre la gente y la pared de madera. Jacob aupó al pequeño Jan, temiendo que fuera aplastado.

- ¿Qué forma de viajar es ésta? –protestó el señor Meijer, indignado.

A las once de la mañana, los convoyes se pusieron en marcha. Una sacudida anunció a los deportados que comenzaba su viaje a los campos de trabajo de Alemania. El calor y la atmósfera irrespirable aumentaban las ya graves incomodidades de los ocupantes de cada vagón, quienes tenían que viajar de pie; cuando ya no aguantaban más, se ponían de rodillas por turnos y así descansaban unos minutos. La escasez de comida y bebida dificultaban la situación. Veinticuatro horas después, la gente se encontraba exhausta, los pies estaban hinchados y la mente como en tránsito; la sensación de impotencia se había adueñado de los presentes y los lamentos o sollozos caían en saco roto. La promiscuidad empeoraba la situación. El frío y el viento nocturnos se colaban por las rendijas de las paredes y golpeaba el rostro de Jan, dormido sobre el hombro de su padre.

-Tengo miedo, Jacob –le susurró su mujer.

El tren realizaba largas paradas en estaciones que disponían de varias vías para dejar paso a los trenes normales o a los convoyes militares; en cualquier caso, se detenía lejos de los andenes. Por la noche, sólo se oían los ruidos exteriores, especialmente los que provenían de las maniobras ferroviarias. En un momento dado, se abrió la compuerta del vagón y unos soldados lanzaron al interior unos bultos envueltos en papel de periódico; volvieron a cerrar. Algunos de los presentes desenvolvieron los papeles y quedaron al descubierto unos cuantas manzanas que repartieron. Uno de ellos se fijó en uno de los periódicos.

-Está en alemán. ¡Estamos ya en Alemania! –dijo.

-Sí, pero ¿dónde? –preguntó una mujer-. ¿Entiende usted alemán? ¿Sabe lo que pone?

El hombre siguió leyendo. De pronto, se fijó en una de las noticias.

-¡Fíjense en esto! –leyó indignado-. “En los Países Bajos, los holandeses cristianos atacan a los judíos y éstos acuden a las autoridades alemanas para que les protejan. Alemania provee a los judíos holandeses un lugar en Polonia donde refugiarse. En gratitud, éstos entregan todas sus posesiones al pueblo alemán ya que conocen las dificultades por las que está pasando debido a los bombardeos aliados.”

-¡Esto es mentira! –protestaron los presentes.

-¿Polonia? –se preguntó tío Isak

El interrogante dejó pensativo a más de uno de los deportados. El convoy arrancó lenta y pesadamente y reanudó el viaje. A través de los respiraderos se filtraban haces de luces exteriores que recordaban las ventanillas de las salas de cine a través de las cuales el proyector envía las imágenes a la pantalla. Pero esta vez no se trataba de una película de ficción, sino de la realidad, una realidad obscena, que fue evidenciándose cuarenta y ocho horas después del inicio del viaje. Entre la gente del vagón yacían un par de personas mayores, no se sabía si desfallecidos o muertos. Al atardecer, el tren se detuvo. El pequeño Jan, somnoliento y agotado, aprovechó para mirar por una de las rendijas del vagón:

sólo se veía un pueblo a lo lejos, en medio de una llanura; era una imagen que le era familiar y, sin embargo, él nunca había estado aquí. ¡Claro! El paisaje correspondía a uno de los cromos de su álbum, aunque no recordaba el nombre del lugar. Pero sí recordaba que, en su fantasía, este paisaje lo había asociado con la libertad. ¡Qué paradoja!

-Yo conozco esto, mamá –musitó.

-¿Qué dices, Jan? Tú nunca saliste de Holanda, hijo.

El convoy de presos permaneció parado durante horas. Nada se oía en el exterior, parecía como si los hubieran abandonado a su suerte. En el vagón, la gente seguía como ausente, medio adormecida, agarrotada. Sólo el silbato del tren les devolvió a la realidad. El convoy arrancó torpemente y crujiendo fue rodando de forma lenta. Pasó junto a un apeadero iluminado tenuemente. Uno de los presos que iban frente al respiradero del vagón tuvo tiempo de leer el nombre del lugar en el cartel:

-¡Majdanek!

-¿Majdanek? –preguntó alguien.- ¿Dónde está esto?

Cerca del andén había una carretera con un indicador. El mismo preso lo leyó:

-Hay un indicador de carretera que señala hacia… Lublin.

-¡Lublin! –exclamó otro de los presentes-. Yo conozco ese lugar. Soy comerciante y estuve una vez allí. Es una ciudad al sudeste de Polonia.

-¡Polonia! –gritaron indignados los presos-. ¡Nos han engañado!

-¿A dónde nos llevan *realmente*, Jacob? –preguntó Raquel, sollozando.

-Lo siento mucho –respondió él afligido, mientras abrazaba a Jan-. No tenía que haber hecho caso a los alemanes embusteros, con sus decretos y sus promesas. Yo os he metido en esto, con mi maldita mentalidad de pequeño burgués obediente.

-Papá, no te culpes –dijo Ruth-. Tú hiciste lo que creíste mejor para todos nosotros.

-¿Es qué no tienen consideración ni con los niños? -preguntó Ester, señalando a Jan.

-¡Ay jovencita! –intervino un hombre maduro de al lado-. Los nazis sólo aman a *sus* niños. Lo pude ver cuando en el año 33 fui de viaje a Munich. Les gusta tener hijos, aman la naturaleza, la vida social con los camaradas, el arte clásico… Pero tienen un sentido animal de la vida: sólo se reproducen entre los de su propia especie y se comportan ferozmente para con aquellas otras especies que les disgustan. Son aparentemente normales –añadió, después de una pausa.- Son como las rosas: debajo de sus bellos y aromáticos pétalos se esconden afiladas y dolorosas espinas.

IV

Pasada la medianoche, el tren se detuvo. Pero esta vez sí se oían ruidos fuera. La compuerta del vagón se abrió bruscamente y un SS empezó a vociferar a los presos que bajaran inmediatamente.

Entumecidos por los dos días y medio de viaje, comenzaron a apearse junto con sus cosas. El resto del pasaje de los otros vagones estaba haciendo lo mismo. Pero no todo el mundo abandonaba los vagones de ganado: muchos cadáveres quedaron tendidos sobre el suelo. El humo y los vapores de la locomotora creaban una falsa niebla entre la cual se adivinaban más guardias apostados con sus perros a lo largo del andén, en una recreación del infierno dantesco. Unos potentes proyectores instalados en unas atalayas de vigilancia iluminaban la escena. Hombres armados ayudados por cancerberos vigilaban la operación. Los silbatos no paraban de sonar.

-¡Rápido, cerdos judíos, formad filas! –ordenaban de forma estridente los guardias.

Empujones, insultos, gritos… Los rostros de los SS recordaban a los de los diablos del infierno del cuadro del Bosco, donde el Maligno prodiga sus tormentos a los humanos. Los deportados se iban agrupando arrastrando sus bagajes como podían en medio de empellones; los niños eran los que tenían más dificultades. Jan y sus hermanas estaban atónitos y no entendían nada de lo que sucedía. Las mujeres sollozaban y algunos ancianos rezaban en voz baja. En el ambiente se respiraba pesadumbre, desconcierto y miedo. Caía una fina lluvia otoñal. Se oían ladridos de perros y los de sus amos. A los presos les hacían pasar por una calle formada por guardianes armados alguno de los cuales, además de los improperios, les propinaban golpes de porra. La gente no tenía

tiempo para pensar qué hacía o dónde estaba; se limitaba a cumplir maquinalmente las órdenes que escupían los guardianes.

Los Meijer estaban aterrados. Ruth, en medio de aquella locura verbal, se preguntaba cómo los hijos de la lengua de Goethe habían podido llegar a aquella situación. Su lengua utilizada así, de forma bárbara, suponía la negación de toda una cultura secular. ¿Se había convertido el alemán en una lengua de domadores de bestias? ¿Dónde estaba el cálido sonido de los versos de Benn o Heym? ¿Cómo un pueblo tan ilustrado como el alemán había podido decaer hasta tales extremos, pervertirse humanamente, dejarse dominar por las fuerzas de la oscuridad?

La columna de deportados fue conducida al campo. Al cruzar la gran puerta de entrada, sobre la que había un gran emblema metálico que ponía "*Arbeit Macht Frei*" ("El trabajo os hará libres"), un escalofrío atravesó la espalda de Jacob. ¿Volverían a cruzarla alguna vez en sentido contrario? Ya en el interior, el primer trauma fue la separación entre sexos. Jacob y Jan fueron apartados de los suyos y conducidos a la fila de los hombres, formados en líneas de cinco y obligados a permanecer quietos con el escaso equipaje a sus pies. Las quejas, las súplicas y los lamentos eran apagados con las porras y con la fiera presencia de los canes que ladraban sin cesar. Una segunda selección descartó a los enfermos, a los ancianos, a los niños muy pequeños y a las mujeres débiles, que fueron llevados aparte. Los Meijer no estaban entre ellos, excepto tío Isak, a quien ya no volvieron a ver

nunca más. Después de la vejación física –los golpes recibidos- vino la vejación moral. Un oficial de las SS gritó:

-¡Desnudaos por completo lo más rápidamente posible sin salir de la formación!

La orden cayó como un relámpago entre los detenidos. ¿Cómo iban a desnudarse las mujeres frente a hombres desconocidos, y en presencia de los niños? La educación que habían recibido no contemplaba esta posibilidad. Los presos, especialmente las mujeres, se negaron. Pero los SS pronto demostraron quién mandaba allí; los látigos con puntas de acero sustituyeron a las porras y empezaron a flagelar a unos cuantos desgraciados. Las cejas o los labios partidos de algunas personas convencieron a los presentes de que no tenían posibilidad alguna de pedir clemencia. La gente empezó a desnudarse; las mujeres se sentían más pudorosas y les costaba desprenderse de su ropa íntima. Hacía frío. Unos penados, vestidos con pijamas de rayas negras y blancas, iban introduciendo la ropa en unos sacos de papel.

-¡Los anillos y demás joyas, también! –añadió el SS.

Llorando en silencio, la gente se desprendió de sus alianzas o de las que habían heredado de sus padres, de sus pendientes, pulseras y relojes, y los tiraban dentro de otros sacos. Los recuerdos de su pasado se amontonaban ahora dentro de un saco, los vínculos con el mundo exterior acababan de romperse. Sólo eran carne de presidio. [2]

Los penados recogieron los sacos y se los llevaron junto con las maletas. Al grupo de los más débiles les ordenaron que fueran a las "duchas"; cubriéndose sus partes pudorosas con las manos, empezaron a desfilar hacia un edificio cercano. El resto fueron conducidos a otro sitio donde unos penados se encargaron de rasurarles todas las partes del cuerpo donde crecía vello; el pelo se les cortaba al cero. Les entregaron unos uniformes rayados y un gorro donde figuraba el número de matrícula que les identificaría a partir de entonces. Les cosieron un triángulo amarillo en el pecho que indicaba la procedencia judía de los internados. A continuación se les fotografió, se les abrió una ficha y se les grabó su número en el brazo. Ya no eran más que un número. Aquí se terminaba la individualidad, eran testigos de su propio aniquilamiento como personas. De hecho, encajaba con la ideología totalitaria para la cual el individuo como tal no existe o carece de importancia, compartida por el estalinismo. En el campo se acababa con los prisioneros como individuos y se les transformaba en masas dóciles de las que no pudiera surgir ningún acto individual o colectivo de resistencia.

Los internos fueron conducidos a los barracones; hombres y mujeres por separado. Durante el trayecto hasta los mismos, Jacob notó en el aire un olor desagradable, a algo quemado, que parecía provenir de la alta chimenea de un edificio rectangular de doble vertiente cercano. En los barracones fueron desinfectados como los perros. El resto de barracones –uniformes- del campo,

de madera, formaban los bloques; todo el conjunto estaba rodeado de atalayas y por una doble alambrada que convertía el recinto en un gran corral para seres humanos. En su interior, Raquel y sus hijas se instalaron como pudieron. En las literas varias personas tenían que compartir un mismo jergón de paja y una manta; se apretujaban en torno a una única estufa, que también servía para calentar las tazas y las escudillas metálicas. Las condiciones en el barracón donde se encontraban Jacob y su hijo eran las mismas. El pequeño Jan estaba aturdido por el frío. Se durmieron enseguida.

Pocas horas tuvieron para reponerse. A primera hora de la mañana, fueron despertados a gritos y, después de levantarse con gran sacrificio, se prepararon para tomar el *desayuno*: un mendrugo de pan duro y apenas comestible que reblandecían mojándolo en una taza de té aguado. Des de la ventana Jacob miraba los verdes parajes que rodeaban al campo y se preguntaba cómo se podía edificar el horror en medio de aquella belleza.

Jacob tenía a su lado un penado de una cincuentena de edad, y aprovechó para preguntarle:

-¿Qué tipo de campo de trabajo es éste?

-Bueno, si se le puede llamar *de trabajo*… –aclaró el hombre, de ojos vivaces-, le diré que se trata del Taller Textil, la empresa principal del Campo de trabajo de Lublin. Estamos en la ruta que conduce a Zamosc, a medio camino de Majdanek. Es un establecimiento de la Oficina Principal Económica y

Administrativa de las SS, pero funciona sobre todo como un instrumento de las fuerzas policiales y de las SS en Lublin. Yo soy de los antiguos y trabajo en las oficinas, por eso lo sé.

Jacob oyó hablar a unos jóvenes que se encontraban en una litera cercana.

-Veo que también hay polacos.

-…Y checos y alemanes, sobre todo de Aachen y Coblenza, y ustedes, los holandeses -añadió-. Somos miles, en especial mujeres. Pero todos judíos -acabó de remendar el pijama y se mostró satisfecho por la labor-. Yo estuve en otros sitios antes que aquí y en los otros campos, además de judíos, que siempre hemos sido mayoría, también había rusos, polacos, gitanos, presos políticos, homosexuales, objetores de conciencia…

-¿Dónde lo detuvieron?

-Más al norte de aquí, en un pueblo de menos de tres mil habitantes. Cuando yo estuve, más de la mitad eran judíos, pero la mayor parte no eran polacos. Procedían de otros lugares, incluso de Alemania, como yo. Los alemanes nos habían deportado allí meses antes para eliminarnos. Eso no lo sabíamos, claro. Un día de verano, el batallón policial hizo una redada: empezaron a detenernos y nos concentraron en el campo de atletismo vecino a la escuela. Mataban en el acto a los que no podían ir por su propio pie: ancianos, enfermos, bebés; en sus casas, en sus camas…Nos separaron a los hombres de las mujeres. El sol era abrasador y no nos dieron alimento ni agua. Les ayudaban colaboracionistas

ucranianos quienes, antes de completar su trabajo, se pusieron a comer delante nuestro como si nada. Cuando acabaron, se llevaron a un grupo hacia el bosque. Minutos más tarde, se oyeron unas descargas. Estaba claro lo qué iban a hacer con los casi 1600 judíos concentrados allí. Cuando me tocó a mí, me levanté con grandes esfuerzos ya que estábamos paralizados por el miedo y nos condujeron al lugar. Mientras se reían nos pegaban con bastones. Al fondo, una fosa abierta dejaba entrever su macabro contenido: el grupo anterior desnudo y con un tiro en la nuca. Cuando vimos esto, nos desesperamos. Un hombre que iba más avanzado intentó huir pero enseguida lo atraparon y se liaron a bastonazos con él. No me lo pensé. Me escabullí entre las altas matas del bosque y huí, pero al día siguiente me detuvo una patrulla y aquí estoy. ¿Y sabes qué fue lo peor?

-¿Pero, aún? -preguntó Jacob.

-Sí. La mayoría de aquellos verdugos alemanes no tenían aspecto de ser del partido ni de las SS. Eran alemanes corrientes, como yo, gente parecida con la que había trabajado o bebido cerveza, que iban a misa, padres de familia…

-¡Vamos, gandules, a trabajar! –interrumpió un guardián del campo, amenazándoles con una vara.

El judío alemán tuvo que interrumpir su historia. Los internos se pusieron rápidamente en marcha y se lanzaron al exterior donde les esperaba el frío matinal del otoño polaco, cuyos endebles uniformes apenas podían impedir que les calara los huesos. Una

vez en el Taller Textil, una enorme montaña de prendas de vestir y de diversos objetos se elevaba hasta el techo. Jacob y su hijo se quedaron boquiabiertos, pero por poco tiempo ya que les empujaron hacia el interior.

-¡Empezad a clasificar! –aulló un guardián.

Los penados cogían prendas, ropa blanca, plumas para colchones, trapos, relojes, gafas…, y los iban introduciendo en sacos distintos. Por un momento a Jacob la escena le recordó algunos momentos de una vieja película muda alemana, *Metrópolis*, que una vez vio en Amsterdam, donde la gente trabajaba como esclavos bajo las órdenes de unos locos visionarios.

Jacob miraba aquellos objetos a clasificar que habían pertenecido a seres humanos como él y se le hacía un nudo en la garganta: unas gafas de niño con uno de los vidrios roto, un gorro de lana de mujer seguramente amorosamente tejido por alguna abuela, un reloj de cadena con la fotografía de una bella joven en su interior… Restos de cosas que habían representado mucho para quienes las poseían; ahora sólo instantes de una existencia anterior. A los prisioneros no se les permitía parar, es más, se les obligaba a realizar una actividad agobiante y agotadora. “Pero, ¿por qué? -se preguntaba Jacob-, unos trabajadores forzados exhaustos no les servirían para mucho”. El pequeño Jan hacía lo que podía, pero cada hora que transcurría suponía un suplicio para él.

De qué había servido vivir hasta entonces, pensaba Jacob. Estudiar, trabajar, crear una familia, cultivar una profesión… Respirar cada día el aire del alba, dejarse iluminar por sus primeras luces, mirar el cielo surcado por aves, notar los copos de nieve sobre el rostro… ¿Dónde estaba Él, ahora que lo necesitaban más que nunca? El sufrimiento organizado había sustituido a la razón. “El conocimiento os hará libres”, y no el trabajo forzado, tendría que poner en la entrada del campo. Pero las bestias de las SS no sabían de conocimiento, y quienes habían tenido acceso a él, lo habían pervertido.

A mediodía les dieron de comer fuera del local. Era el único rato que podían descansar y charlar discretamente.

-Sopa hecha con patatas y zanahorias sin lavar –dijo Max, el penado que se hallaba junto a Jacob-. Le echan al caldero un par de cabezas de vaca con dientes, pelo y ojos. “Sopa de arena” la llamamos.

-¿De dónde viene todo eso? –le preguntó Jacob en voz baja, señalando los montones de ropa.

-Cientos de vagones de carga llegan a la semana hasta el apartadero ferroviario con miles de prendas y de objetos confiscados a los judíos –le confió Max-. Son clasificados y entregados a la industria alemana. Un *botín* que he calculado en millones de marcos.

-¿Y sus propietarios? –inquirió Jacob.

Su compañero calló y siguió sorbiendo el mejunje.

-Mejor no lo quieras saber –le contestó.

Jan, que apenas podía tragarse aquel brebaje, de pronto se levantó y señaló a lo lejos. Un oficial de las SS montaba un caballo blanco mientras supervisaba el campo.

-¡Mira papá! ¡Un caballo!

-Es el comandante Christian Wirth, el jefe del Taller Textil –aclaró Max-. Le gusta montar.

-A mi hijo también.

-¡Qué daría por poder montarlo, papá!

-Pues aquí lo tienes difícil, chico –puntualizó Max-. Aunque yo preferiría comérmelo.

-¡No digas eso! –protestó Jan.

Por la tarde siguieron trabajando duramente hasta el anochecer, momento en que se retiraron agotados a los barracones. Antes de *cenar* se lavaron. Pero el agua la tenían que ir a buscar a la enfermería que era el único lugar en todo el campo donde había agua corriente disponible para los internos; desde allí tenían que acarrearla en cubos hasta los barracones. Las condiciones higiénicas eran deplorables. Para cenar, más agua hirviendo con restos flotando.

Para Raquel y sus hijas, la jornada había transcurrido de forma parecida. Pero el momento más trágico fue cuando se puso a pensar en Jacob y su pequeño. ¿Cómo se encontrarían? Las lágrimas le resbalaban silenciosamente por las mejillas apoyadas en la litera compartida. Lo mismo les sucedía a Jacob y a Jan;

papá estaba preocupado por su mujer y sus hijas, y Jan pedía por su madre en medio de sollozos. Un absurdo y cruel régimen político había truncado sus vidas, vidas que sólo pocos años antes eran normales y felices. Nunca hubieran imaginado que aquel fantoche con bigote recortado que veían a veces en los noticiarios del cine, a quien apenas le daban crédito, hubiera llegado a magnetizar a millones de individuos que practicaban el terror con sus semejantes.

Los días fueron pasando con la misma despiadada monotonía. La salud de los penados se iba minando debido a la actividad laboral extenuante pensada por sus verdugos para quebrantar su salud, a la vez que se les alimentaba pésimamente. Algunos de ellos, sanos y productivos antes de ingresar en el campo, fueron enfermando de tifus y disentería, y acabaron muriendo. Los que estaban demasiado debilitados o lesionados para *producir* al brutal ritmo que se les exigía, se les enviaba a Majdanek, pero no se sabía a qué.

-¡Nos están exterminando por medio del trabajo! –exclamó en una ocasión Max.

Jacob sufría por su hijo y siempre sacrificaba la mitad de su exigua ración de comida para dársela a él. Un día, el cielo encapotado auguraba tormenta, un mal augurio para los internos porque el campo se convertía en un lodazal y ello dificultaba aún más su vida. Un viento insistente hacía vibrar los alambres de espino ejecutando una sinfonía distorsionada, una composición

macabra. Jan estaba acarreando un poco de agua de regreso al barracón cuando volvió a ver al comandante del campo montado a caballo. Se paró y miró fascinado al caballo. Wirth se dio cuenta y poco le faltó para gritarle a Jan que se largara. Pero se le ocurrió algo. Espoleó al animal y se acercó al niño.

-¿Te gustan los caballos, chico?

-Sí, señor.

-¿Cómo te llamas?

-Jan, señor.

-¿Te gustaría montarlo?

Jan se quedó sin habla. Le respondió afirmativamente con la cabeza.

-Pues deja el cubo y hazlo –le dijo Wirth mientras descabalgaba ante la mirada incrédula de Jan.

El chico se aupó hasta atrapar la silla de montar y se subió al animal. Lo espoleó y le obligó a ponerse en marcha ante la mirada del comandante y la de algunos penados que a lo lejos estaban mirando desconcertados la escena, temiendo por el chico.

-¡Muy bien, Jan! –le dijo Wirth con calculada amabilidad-. Mañana, en lugar de ir al Taller, ven a verme a mi despacho. Hablaremos.

Jan le contó entusiasmado a su padre lo sucedido, pero Jacob no se quedó tranquilo. ¿Para qué quería ver a Jan?, ¿de qué quería hablarle?, ¿le haría algún daño?

A la mañana siguiente, cuando los internos se dirigían a su diaria labor en el Taller, Jan se desvió hacia el edificio donde se encontraba el despacho del comandante. Como era muy temprano y éste aún no había llegado tuvo que esperarse más de una hora, sentado junto a la puerta. Casi se había adormecido cuando lo despertó una voz:

-¡Entra, muchacho! –le ordenó secamente Wirth, que acababa de llegar.

Jan le siguió hasta el interior, una discreta estancia con una mesa de despacho y unos pocos muebles junto a una ventana desde donde el comandante podía ver el campo. Wirth se quitó el abrigo y se sentó en su silla.

-¿Dijiste que te llamabas?

-Jan, señor –contestó el chiquillo, de pie frente a la mesa. Había perdido peso desde el inicio de la deportación, su rostro era famélico y tenía los ojos hundidos, y el color de su piel era pálido.

-¿Qué edad tienes?

-Diez años, señor.

-¿De dónde eres?

-De Amsterdam, señor.

-¡Amsterdam! Bonita ciudad… y bellos museos. Y te gustan los caballos, ¿no es así?

-Sí, señor –dijo Jan e hizo una pausa antes de atreverse a seguir hablando-. Mis padres me llevaban algunas veces a montar.

-¿Están tus padres aquí?

-Sí, señor, y también mis dos hermanas.

Wirth se lo quedó mirando y abrió uno de los cajones.

-¿Te gusta el chocolate, Jan? –le preguntó mientras le alargaba una tableta-. Pues aquí tienes.

-Gracias, señor –respondió el chico mientras destapaba el chocolate y lo mordía.

-¡Bien, Jan! ¿Te gustaría montar a caballo con frecuencia?

-¡Claro!

-¿Y ser *mi amigo*?

-¿Su amigo? –preguntó el chico con extrañeza-. Bueno.

-…Y además de ser mi amigo y montar a caballo, podrás comer el rancho de los soldados y dormir con ellos.

-Pero, ¿y mi padre, señor?

-¡Olvídate de tu familia! –le dijo Wirth restándole importancia-. Si haces lo que yo te mande, incluso podrás vestir nuestro uniforme.

-¿Uniforme? –preguntó Jan sorprendido.

-¡Müller! –gritó Wirth a su ordenanza que estaba fuera del despacho. Éste no tardó en abrir la puerta y cuadrarse.

-¿Señor?

-Acompañe a Jan al barracón de los soldados, que se lave y que le asignen una litera. Llame al sastre y que le tome medidas para hacerle un uniforme.

-¿Un… uniforme, señor? –inquirió el ordenanza sorprendido.

-Ha oído bien. Mañana lo quiero aquí.

Cuando llegó al barracón, los soldados lo recibieron con desprecio, creían que venía a limpiar alguna cosa, pero cuando el ordenanza les explicó los deseos de *Herr* comandante, lo dejaron en paz, no sin extrañeza. Un interno, sastre de profesión, vino para tomarle las medidas; se quedó boquiabierto cuando vio que se trataba de un chiquillo y judío. Pensó que debía tratarse de alguna broma de mal gusto. A mediodía, Jan incluso pudo probar el rancho de los soldados.

Por la noche, al ver Jacob que su hijo no regresaba comenzó a angustiarse. Se imaginó lo peor y, a pesar del cansancio de la agotadora jornada, no pudo conciliar el sueño. Ahora estaba realmente solo, sin noticias de Jan ni del resto de la familia.

Al día siguiente, Jan se presentó ante Wirth en uniforme. El sastre había trabajado durante toda la noche para tenerlo listo.

-¡Magnífico! –expresó el comandante mientras se sacaba del bolsillo unas golosinas y se las pasaba a Jan con solicitud-. ¡Ya eres de *los nuestros*! –el chico sonrió-. Ahí fuera tengo un regalo muy especial para ti.

-¿De veras, señor?

-Ven.

Salieron de la comandancia y se dirigieron a un cercado donde había dos caballos ensillados, uno era el de Wirth y el otro era un caballito blanco. Penetraron en el cercado.

-Éste es para ti –sorprendió Wirth al chico mientras daba una palmada amistosa sobre el lomo del caballo blanco.

-¿Para mí? –gritó de júbilo Jan.

-Todo tuyo. ¿Damos un paseo?

Jan no se hizo de rogar y montó el caballito. Comenzaron a andar por el campo.

Jacob y Max estaban arrastrando al exterior del Taller un saco lleno de ropa cuando vieron a lo lejos las siluetas de dos jinetes uniformados.

-Uno es el comandante, pero ¿y el otro? Parece muy enano –dijo Max.

Los jinetes se fueron acercando lo suficiente para que a Jacob se le helara la sangre.

-¡Es un crío! –exclamó Max.

-Es Jan –añadió Jacob, petrificado.

-¿Tu hijo? ¿Y qué hace vistiendo uniforme alemán y montando con el comandante del campo? –se preguntó Max.

-Me gustaría saberlo –contestó Jacob mientras daba unos pasos adelante-. ¿Qué te están haciendo, hijo?

Los paseos a caballo y las golosinas se prolongaron durante días. Una tarde, Wirth hizo llamar a Jan a su despacho. El chico golpeó la puerta con los nudillos.

-Pasa, Jan. Te esperaba –Wirth se levantó de la silla, enlazó sus manos por detrás de la espalda y paseó alrededor del niño-. ¿Sabes por qué hay tanta gente aquí encerrada?

-Por ser judíos.

-Más bien por ser malhechores –precisó el comandante.

-¿Malhechores? Mis padres no son malhechores.

-¡No, por supuesto! Me refería a la mayoría de los otros. ¿Qué hacían en Amsterdam con los malhechores?

-Pues… -pensó Jan- Los encerraban.

-¡Exacto! Pues aquí hacemos lo mismo.

-Pues a mí no me parece que sean malhechores.

-Sí que lo son, Jan –le remarcó Wirth, parándose y acercándosele al oído-. Y muy peligrosos... Son criminales, quieren adueñarse del mundo.

-¿Del mundo? –preguntó Jan con los ojos abiertos.

-¿A ti te gustan las ratas, Jan?

-¿A mí? No, señor.

-¿Y qué hacían en casa cuando descubríais ratas?

-Las matábamos, señor.

-¡Exacto! Ahí voy. Las ratas deben eliminarse. Y los malhechores son como las ratas. Tienen que eliminarse. ¿Me sigues, Jan?

-Sí, señor, pero…

-¿Te gusta el caballito blanco que te regalé? –Jan asintió con la cabeza-. ¿Y los dulces? Ahora comes y duermes mejor, ¿no? Y vas en uniforme. Eres mi amigo. ¿Te gustaría *jugar* al tiro al blanco? ¿Has jugado alguna vez? ¡Es muy divertido! Sígueme.

Wirth salió del despacho seguido de Jan y se dirigió a una parte del campo alejada de los barracones y desconocida para el chico donde había varios postes. El comandante ordenó a un guardián

que le trajera un cubo y un arma. Cuando éste llegó le tomó el arma y le dijo que colgara el cubo de uno de los postes.

-Y ahora fíjate, Jan. Se hace así.

Extrajo el cargador y lo volvió a introducir, armó el subfusil y sacó el seguro. Disparó a tiro fijo contra el cubo abriéndole un agujero que salió por la otra parte. El ruido del disparo sobresaltó a Jan.

-¡En medio! –exclamó el chico.

El comandante le alargó el arma.

-Cógelo -le ordenó Wirth dibujando la complicidad en su rostro.

-¿Qué coja el arma? -preguntó Jan, sorprendido-. Pero si no sé disparar.

-Aprender a leer o a escribir cuesta, pero a disparar se aprende rápido -le confió cínicamente el nazi-. Anda, tómalo y dispara contra el cubo -pero ante la indecisión del niño el comandante concluyó con una de sus frases favoritas- ¡Es una orden!

Al coger Jan el subfusil, notó la frialdad del metal y el olor a pólvora de las recientes descargas. Lo empuñó y dirigió el cañón hacia el cubo. El dedo apretó el gatillo y el disparo hizo retroceder a Jan quien se quedó atónito por la mezcla de sensaciones tras la descarga.

-Sensacional, ¿verdad? -dijo Wirth, mientras le hacía un rápido cambio en el arma-. Pues ahora prueba así. ¡Dispara!

Jan no se lo pensó dos veces y apretó el gatillo, pero en lugar de un solo tiro el arma vomitó una ráfaga que dejó el cubo

inutilizado. El chico se puso pálido y sus manos temblaban del retroceso.

-¡Así se hace, *soldado*! -bramó de satisfacción el comandante-. Y, ahora, vamos a empezar a *desinfectar* el campo de ratas.

Wirth se dirigió con el chico en busca de sus caballos. Los montaron y se acercaron a una zona del campo donde una docena de internos estaban descargando unos bultos.

-¿Ves esas ratas, hijo? -dijo el comandante desde lo alto de su montura señalando a los presos-. ¿Qué hacían en tu ciudad con ellas?

-Eliminarlas, señor -contestó Jan.

-Exactamente: ¡eliminarlas!

Wirth desenfundó su pistola y, sin parpadear, mató a uno de los judíos. Jan se quedó desconcertado.

-Bien, Jan. Ahora te toca a ti -le invitó macabramente el nazi, pero el chico no sabía qué hacer-. ¡Debes romper los lazos con tu vida anterior y substituir tus comportamientos de antaño por unos de nuevos!

Jan permaneció aún unos segundos pensativo, pero finalmente levantó el cañón y disparó. Un par de presos cayeron desplomados. Al principio se quedó compungido pero los gritos de ánimo del comandante le hicieron reaccionar.

-¡Bien, lo has hecho, lo has hecho!

-¡Sí, lo he hecho! -gritó Jan alborozado.

-Ahora, sígueme -le ordenó Wirth-. ¿Has visto alguna vez a caballos matar ratas? Seguro que no.

Esta vez se dirigieron a otro sector del campo habitado por mujeres. Una vez allí, el comandante se mezcló entre ellas con el caballo. En un momento dado, hizo que las patas traseras del animal la emprendieran a coces con las presas, hiriendo gravemente con los cascos a unas y matando a tres.

-¿Lo ves, Jan? ¡Incluso los caballos desprecian a las ratas! ¡Hazlo tú, ahora!

Jan se introdujo entre las presas e imitó a Wirth, hiriendo también a varias mujeres.

-¡Muy bien, Jan!

Días después, en el barracón donde estaba destinado papá Jacob, sus compañeros de literas le estaban dando ánimos. La noticia de que un niño judío vestido con uniforme alemán había colaborado con el comandante del campo en el asesinato de medio centenar de judíos, y de que este niño era Jan, había dejado a Jacob sin habla. Su rostro desencajado lo expresaba todo.

-¿Cómo puede Jan haber hecho esto? -se preguntaba Jacob-. Nosotros le educamos en el respeto a las personas…

-¡Claro! El comandante lo hace adrede -explicó un antiguo profesor-. Ha convertido al único niño judío del campo que nos estaba dando alguna esperanza en la negación de esta esperanza. Le ha deshumanizado y pervertido para convertirle en un instrumento con el que poder dar rienda suelta a su crueldad. Le

ha inducido a transformarse en uno de *ellos*. Jan es aún demasiado joven y no comprende lo qué está haciendo.

-El chico podría haber sido nuestra luz, nuestro único motivo de alegría, aquí, en este pudridero -añadió otro de los presentes.

En el sector de barracones de las mujeres, mamá Raquel y sus hijas sollozaban pensando igualmente en lo que había hecho Jan. Les era imposible entender y asimilar que su inocencia infantil hubiera dado un vuelco tan grande y tan rápido hacia la perfidia y la maldad.

Pero lo que mamá no podía imaginar era que la perversión moral del comandante estaba a punto de ir a más. Una mañana gris y con niebla, Wirth envió a su ordenanza al sector de las mujeres para que entregara una nota a la responsable del mismo, una SS enorme, machorra y rubia como las heroínas de la mitología germánica. Ésta leyó la orden y mandó a sus guardianas para ejecutarla.

Una hora más tarde, un grupo de mujeres estaba concentrado en la plaza de revistas, vigiladas de cerca por mujeres SS con varas en sus manos. Entre las presentes se encontraba Raquel.

-¿Por qué nos vuelven a traer aquí si ya han pasado revista a primera hora? -se preguntó extrañada.

La respuesta no tardó en llegar. Dos jinetes uniformados surgieron de la espesa niebla como si se hubiesen salido de una pantalla blanca de cine y se acercaron al lugar. Uno de ellos parecía muy bajito. Pero mientras se iban aproximando al grupo,

el oficial bajito iba revelando su auténtica condición: la de un menor.

-Jan -empezó a decir Wirth-. Te acuerdas que convenimos en eliminar a *todas* las ratas...

-Sí, *herr* comandante -afirmó el chico.

-Aunque alguna de esas ratas hubiera sido muy querida por ti…

-No importa, señor.

Jan y el comandante se detuvieron frente a las presas. A pesar de los sollozos y la alegría contenida de su madre, Jan ni le prestó atención.

-¡Hijo! -gritó mamá.

Jan seguía imperturbable. El grito ahogado de su madre era como las ráfagas de viento que hacen rebotar por el suelo una lata oxidada. Raquel ni siquiera vio un atisbo de dulzura en su hijo a quien le habían emponzoñado el corazón. Es más, poco a poco su rostro iba tomando la expresión de la siniestra calavera que el comandante llevaba en su gorra de plato.

-¡Qué te han hecho, mi vida! -musitó mamá.

-¡Bien, Jan! -dijo Wirth cuando captó que había llegado el momento-. Yo me ocupo de estas tres ratas de aquí y tú de *ésta* -ordenó señalándole a Raquel.

Como de costumbre, Wirth sacó su arma reglamentaria y disparó contra las desgraciadas elegidas al azar. Jan sacó la suya y apuntó contra su madre.

-Te quiero, hijo -fue lo único que pudo decir Raquel.

El disparo a bocajarro resonó de forma inusual en el campo. No había sido un disparo más, de los tantos que se realizaban en aquel vestíbulo del infierno. Fue un disparo contra todos los valores por los que la humanidad había luchado secularmente.

La noticia corrió por los barracones. Las hijas de Raquel lloraron desconsoladamente la muerte de su madre, pero aún lloraron más al saber quién había sido el verdugo. Lloraron por la deshumanización de su pequeño hermano, convertido en títere de un hombre despiadado.

-Es tiempo de dolor -dijo amargamente el profesor ante la desesperación de papá Jacob.

-¿Pero cómo se puede llegar a tal monstruosidad, inducir a un niño a que atente contra su propia naturaleza? -gritó uno de los reclusos.

-Todos llevamos una parte oscura en la profundidad de nuestra mente -añadió el profesor-. En ella se ocultan nuestros deseos y nuestros fracasos, la vida y la muerte. En cualquier momento de nuestra existencia pueden manifestarse unos u otros. Recuerdo un grabado del pintor español Goya en donde unas aves nocturnas acosan el sueño de un hombre que había estado escribiendo. En un lado de la mesa aparece inscrito que *el sueño de la razón produce monstruos*. La razón, contenida en los límites del sueño, libera los monstruos de nuestro subconsciente. El nacionalsocialismo, en su obsesión por imponer su razón, sus sueños de grandeza y dominio, liberó sus propios monstruos.

Jacob nunca se recuperó de lo sucedido. Meses más tarde, debilitado por el hambre y los malos tratos, cayó gravemente enfermo y murió. Un año después, murió su hija mayor Ruth, de tifus. Cuando la liberación del campo a manos de los rusos, éstos hallaron entre las víctimas de uniforme alemán el cuerpecito de un menor, Jan. El comandante del campo había logrado huir y se encontraba en paradero desconocido, posiblemente camino a Sudamérica. La mayoría de los penados que llegaron con los Meijer murieron directamente asesinados o debido a las atroces condiciones de vida y de explotación, y por las enfermedades. De los Meijer, sólo Esther, la hija mediana, logró sobrevivir, aunque con problemas de salud. Ella contaría al mundo el horror provocado por los monstruos desatados.

---

[1] A.Anderson. *Anne Frank was not alone: Holland and the Holocaust*, USC, 1995.
[2] D.J.Goldhagen. *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, 1996.